

# La Ilustración



# Artística

Año XXI

← BARCELONA 27 DE ENERO DE 1902 →

Núm. 1.048

Quoniam cum interierit, non sumet  
omnia; neque descendet cum eo  
gloria eius. Ps. XLVII.



EL CONQUISTADOR, cuadro de Agache



**Texto.** - *Crónica de teatros*, por Eusebio Blasco. - *Tetuán. Episodio de la guerra de Africa*, por F. Moreno Godino. - *Los encantos de la voz*, por Luis Ruiz y Contreras. - *Tipos y costumbres de Andalucía. Dibujos inéditos de Valeriano D. Bécquer*, por S. - *Crónica parisiense*, por Juan B. Enseñat. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *El pasado de una madre*, novela original de Henry Greville, con ilustraciones de Cabrinety. - *Guerra anglo-boer*, por X. - Libros enviados a esta Redacción.

**Grabados.** - *El conquistador*, cuadro de Agache. - Dibujo de N. Vázquez que ilustra el artículo titulado *Tetuán. Episodio de la guerra de Africa.* - *Cigarreras*, cuadro de Gonzalo Bilbao. - *Tipos y costumbres de Andalucía*, dibujos inéditos de Valeriano D. Bécquer. - *El director de orquesta.* - *Lectura de una obra.* - *Un ensayo*, dibujos de Gosé que ilustran la *Crónica parisiense.* - *El bosque de las hadas*, cuadro de K. de Rozynski. - *D. Pablo Gil.* - *Jarrón para flores*, obra de K. Borsdorf. - *Abandonada*, lámpara eléctrica de bronce dorado, obra de G. Gurschener. - *Iglesia de Rustenberg utilizada como hospital.* - *Hospital boer en Novitgedacht.* - *Enfermeras del mismo.* - *Boers escuchando la música de una banda militar inglesa en Volksrust.* - *Diligencias pasando vados y ríos.* - *Paisaje*, cuadro de Modesto Urgell.

### CRÓNICA DE TEATROS

Gran mes de estrenos. Los ha habido en todos los teatros, y como en Madrid van al teatro trescientas mil personas con afición constante, han conseguido las empresas unas fiestas de Pascuas muy lucrativas y un principio de año muy fructuoso.

En el Español, á falta de obra nueva de autor de la tierra, se le ocurrió á la dirección poner en escena el *Cyrano de Bergerac*, que produjo en doce días cuatro mil duros de entradas y cuatro mil disgustos.

Grande fué el lío, como se dice en la jerga moderna, que se armó con tal motivo. La empresa de la Comedia protestó, denunciando la violación del contrato existente entre el concesionario del Español y el Ayuntamiento. En dicho contrato se dice de un modo terminante que sólo podrán representarse en aquel teatro obras originales de autores españoles. La empresa tenía permiso del alcalde para hacer el *Cyrano*. La comisión mixta de autores nombrada por el Ayuntamiento y la empresa para asesorar á la corporación municipal en casos dudosos, no fué consultada y dimitió. La Sociedad de autores dió la razón á dicha comisión y pidió el cumplimiento del contrato... Se habló de esto en todos los periódicos, hubo polémicas, crónicas, alboroto en los teatros...

¿Y qué ha sucedido después? ¿Cuál ha sido el resultado?

¡El mismo de siempre en España! Que se ha hecho el *Cyrano*, que no se ha anulado el contrato, que todo queda como estaba. Vivimos en el mejor país del mundo, porque en él todo se puede hacer impunemente. Las leyes, los reglamentos, no pueden ser mejores. ¡Pero no se cumple ninguno!

En dicho teatro Español se ha estrenado una pieza de Novo y Colson, titulada *El pecado de Adán*, que ha gustado mucho; y al escribir esta crónica salgo del estreno de una refundición del *Castigo del pensó que*, magistralmente hecha por D. Francisco Villegas (*Zeda*), que ha sido aplaudidísima, mereciendo, por raro caso, el refundidor los honores de la escena. Desde que el público pidió que se presentase Ayala cuando refundió *El alcalde de Zalamea*, no habíamos visto á ningún autor de refundición llamado á la escena con la insistencia de anoche.

Es que una refundición es tarea muy pesada, muy difícil y muy peligrosa, y no todos los literatos son capaces de hacerlas. Y la responsabilidad de poner nuestras manos en obras de aquellos ingenios inmortales del siglo XVII, no puede ser más grande.

\* \*

Vamos ahora con el conflicto del Español, que tanto ruido ha hecho: *parturiens mons*...

El Sr. Pérez Galdós, autor de una comedia, reparte los papeles como mejor le parece, en uso de su perfecto derecho, y da el principal, el más importante, á la señorita Moreno. La señora Cobeña quiere recabar para ella el honor de estrenar la obra. La prensa toma parte en este asunto y le da la razón al autor, como no podía menos de ser. La señora Cobeña declara que no ha querido imponerse á nadie, y aquí no ha pasado nada.

Pues de todo esto se ha hecho una *cuestión del día*, porque aquí en Madrid somos únicos en darle importancia á lo que no la tiene. Al público le es igual que haga las obras esta ó la otra actriz; lo que pide es que las obras se hagan bien y que le gusten. Pero lo que hay que ir mirando despacio, y es de esperar que la Sociedad de Autores pondrá mano en ello, es la creciente indisciplina de los actores, los cuales no vivirían sin las obras que los autores producen, y sin embargo no perdonan ocasión ni momento de rebelarse. Y como en los teatros no hay dirección y manda en ellos todo el mundo, el estado normal es la anarquía más ó menos mansa.

Cesó de ser director en el teatro Español D. Federico Balart, y no se ha nombrado otro y así anda ello, porque Emilio Thuiller al fin y al cabo es un *compañero* de los actores que dirige, y para mandar no hay que ser *compañero*, sino jefe.

\* \*

El teatro de la Comedia dió con la obra de Pascuas, y la titulada *Tortosa y Soler*, arreglada del francés por Abati y Reparaz, ha llegado triunfante á la vigésima representación. Es obra esencialmente cómica, y ha sido primorosamente ejecutada. Con actores como Rubio, Matilde Rodríguez y Rosario Pino, el autor va siempre seguro. La traducción ó arreglo está muy bien hecha, porque Abati es gran conocedor de la escena y en las pasadas Pascuas ha logrado el éxito en tres teatros á un tiempo.

*Las flores*, á pesar de los pesares, también han durado muchos días en los carteles, y es muy probable que con esta obra suceda lo que con otras muchas que hoy son del repertorio corriente. Pasada la primera impresión, la batalla con el público de la primera noche, los apasionamientos y las discusiones, hay obras que se levantan y entran de lleno en juego. Fracasos fueron *Don Juan Tenorio* y *Marina* y tantas otras, y han quedado después como obras inmortales. Y *Las flores* no fueron un fracaso, y por eso han vivido treinta días, y se harán en provincias mucho. Ya dije mi parecer sobre esta obra, que me resultó monótona, demasiado andaluza y demás cosas que dije. Pero la opinión personal del que hace crítica no suele ser fallo definitivo. De más de una comedia mía dijeron críticos de antaño que no vivirían ni una semana, y hace treinta años que se representan.

\* \*

D. Eugenio Sellés, empeñado en llevar al género chico el género serio, hace esfuerzos muy loables, pero la empresa es sumamente peligrosa.

En la Zarzuela se ha estrenado *La nube*, de este ilustre académico, que va por los caminos de *La balada de la luz* y *La barcarola*. Es un dramita en un acto con siete ú ocho números de música y una tirada de quintillas muy bien dichas por Valentín González.

Pasó, pero vivirá poco, porque en esos teatros por horas no suelen arraigar las obras serias. Acaso la excelente música de Vives defienda la obra algún tiempo, porque este insigne músico catalán tiene mucho talento y escribe unas partituras preciosas. Pero el asunto de *La nube* no interesa, á pesar de la buena ejecución por parte de Lucrecia Arana.

En cambio *El bateo* lleva cada noche más gente al teatro, y está, á la fecha en que escribo, en las ochenta representaciones.

\* \*

En Eslava, la revista, ó lo que sea, titulada *Enseñanza libre*, atrae al gran público amante de las cosas verdes. ¡Oh, sí! Como obra libidinosa no tiene rival, y esto es lo que priva. Hace diez ó doce años se decía en Madrid que los franceses eran los más atrevidos y descocados para decir en la escena frases y palabras gordas, pero hemos llegado á darles ciento y raya en eso de sacar á las actrices desnudas y en hacer chistes de color subido. No hay más que una diferencia, y es: que en Francia esas cosas se dicen con cierto *esprit*, y aquí en *crudo*. Y cuanto más crudo, mejor.

También se ha estrenado en aquel teatro una zarzuela aragonesa titulada *El olivar*, de dos jóvenes autores, que ha obtenido muy buen éxito. Pero lo que allí priva es lo otro, buenas mozas en traje de *Evas*, palabras de doble y de triple sentido, triple extracto de la pornografía en boga.

Estamos como en los tiempos de absolutismo de los Felipes de Austria. Con tal de no tocar al rey ni á la religión, los autores del siglo XVII podían despacharse á su gusto. Y lo mismo ahora.

En Apolo *¿Quo vadis?* va á reponer á la empresa de las pérdidas de tres meses, que han debido ser grandes, porque como los teatros viven de las obras y las que allí se estrenaron no dieron resultado ninguno, el público se alejó; pero Sinesio Delgado, con una humorada graciosísima, revista retrospectiva, ha vuelto á atraerle, y hay *¿Quo vadis?* para muchos días.

También en esta obra se rinde culto al desnudo, y los ojos pecadores se recrean en la contemplación de la belleza, que en aquel teatro está muy bien representada.

Decorado, trajes, efectos de luz, mujeres muy bonitas, ¿qué más podía pedirse á una obra de Pascuas? Sinesio Delgado, gran conocedor del teatro de Apolo, llevó la obra que al teatro le hacía falta, y el resultado no ha podido ser más productivo.

\* \*

El teatro Real ha encontrado su *estrella*, cosa difícil en estos tiempos, primero porque las estrellas son raras, segundo porque cuestan muy caras y tercero porque si vienen de fuera hay que pagarles en francos, lo cual es siempre molesto.

María Barrientos ha obtenido un triunfo colosal, inmenso. No podía por menos de ser así, porque canta admirablemente y tiene una gran figura teatral. El abono, el dificultoso abono del regio coliseo, la ha recibido con los brazos abiertos, y el público, el gran público, le ha hecho grandes ovaciones. Ella sola puede llenar la sala de nuestro primer teatro lírico durante muchas noches, y Luis Paris puede decir que ha dado con la piedra filosofal de esta temporada.

Y aunque me maldigan los wagneristas, he de hacer constar que los éxitos mayores logrados por esta artista lo han sido en aquellas obras que se llaman antiguas y ñoñas, en las óperas italianas que aún oímos con gusto los hombres de la generación anterior. ¿Qué le hemos de hacer? Lo que entra con el capillo, sale con la mortaja.

\* \*

Hay un teatrillo allá en la calle de Santa Brígida que se llama el teatro Martín, y en él cuesta la entrada muy poco dinero y suelen explotarlo empresarios jóvenes, deseosos de gloria y decididos á dar á conocer muchas obras nuevas.

Este año lo dirige González Hompanera, que de aventajado aficionado de la Sociedad Echegaray ha pasado á ser distinguido primer actor de aquel popular teatro.

En él ha estrenado varias obras, entre ellas *Los Ximénez de Quirós*, de D. Rafael Santa Ana, que ya en *La victoria del general* había demostrado sus especiales dotes de excelente autor cómico. *Los Ximénez de Quirós* obtuvieron éxito muy feliz y el público ha acudido á ver la comedia durante muchas noches, y á ella ha sucedido en los carteles otra del género atroz, en la que salen jesuitas y son puestos como un guiñapo, y uno de ellos se arranca los hábitos, y el general de la Compañía se suicida, y el público entusiasmado pide *La Marsellesa* y el Himno de Riego y hasta pide que hable el autor, y éste se adelanta y grita «¡Viva la libertad!» y todos contentos.

La obra es del género populachero más subido y está escrita para hacer ruido, y además bastante mal escrita; y como ahora todo eso está en moda, hasta que pase, pues... el público la sigue, y el mundo continúa dando vueltas, y por ese camino no es como se han de combatir ciertas cosas.

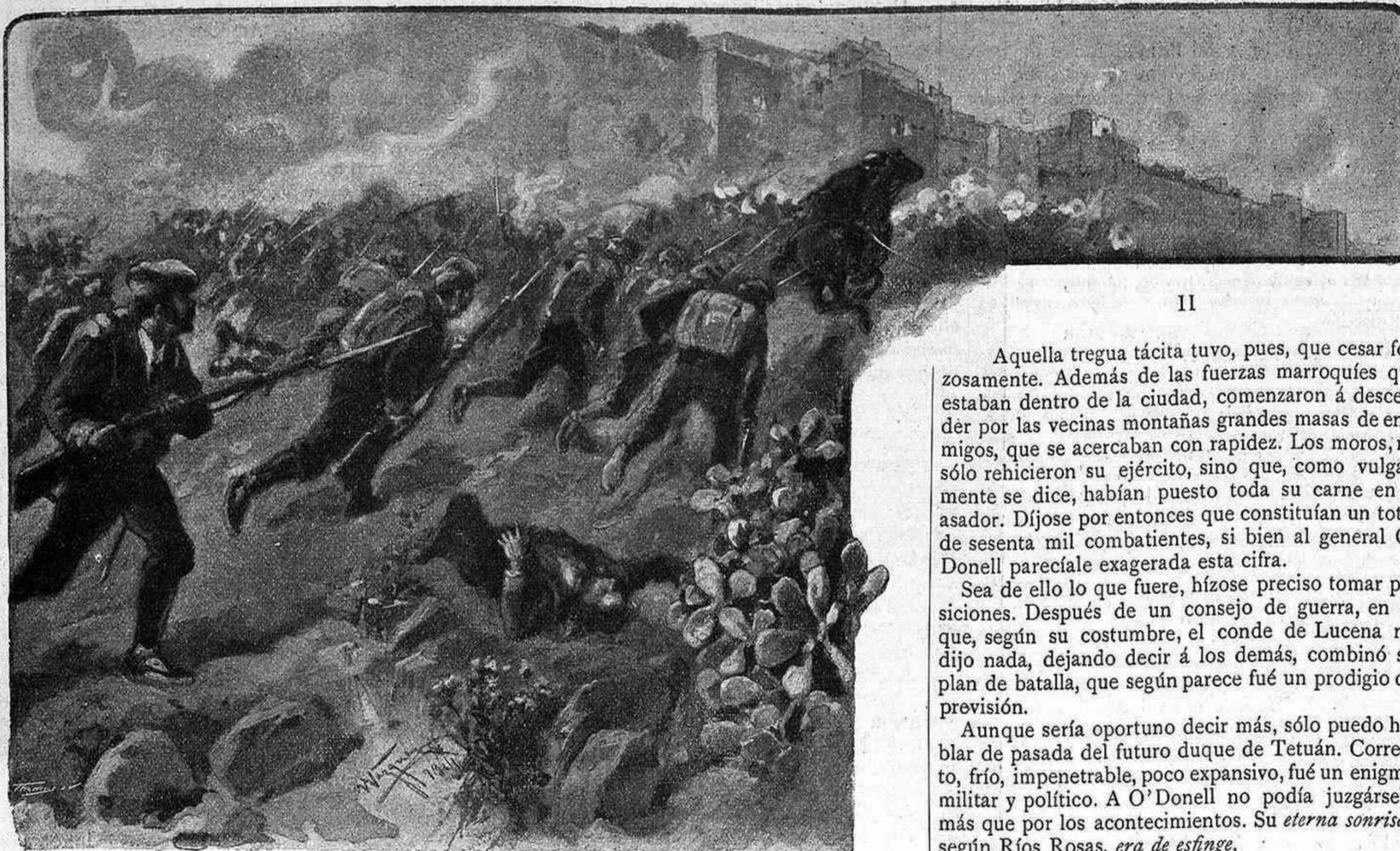
\* \*

A la hora de cerrar esta revista me dicen que acaso no se verifique hoy el estreno de *Las vírgenes locas* en la Comedia, por indisposición del actor Morano, y para no perder tiempo dejo para la próxima la reseña de lo que ocurra.

*Las vírgenes locas* parece un título evangélico, y sin embargo quiere ser traducción del título francés de la obra, porque se trata de un arreglo de *Les demi-vierges*, de Marcel Prevost. Claro es que no era posible traducir el título al pie de la letra, porque á nuestro público le hubiera parecido muy crudo, pero pudiera haberse buscado otro que no recordase los santos libros.

Veremos cómo resulta; la empresa es muy difícil, porque la comedia francesa es sumamente subida de color..., pero con traductores tan expertos como Llana y Francos Rodríguez no hay que temer nada.

EUSEBIO BLASCO.



Los voluntarios catalanes avanzan (dibujo de N. Vázquez)

TETUÁN

EPISODIO DE LA GUERRA DE ÁFRICA

I

Eliodoro del Busto era un joven de veinticuatro años de edad, cordobés, poeta y escritor por gusto y telegrafista *pane lucrando*. Su prosa valía más que sus versos (sin ser éstos malos), y en una novela suya que yo he leído, cuyo título he olvidado, y que no sé por qué se ha eclipsado para la posteridad, dió gallarda muestra de un estilo vivo, impetuoso y nutrido de pensamientos. Poseía además otras cualidades; hablaba francés, inglés é italiano casi correctamente, tenía ribetes de botánico y conatos de dibujante; pero su principal relieve consistía en ser sumamente romántico y aventurero. No pudo ir con los argonautas á la conquista del vellocino, ni con Colón al descubrimiento de un nuevo mundo; pero cuando llegó su tiempo y surgió la guerra de Africa de 1859 entre España y el sultán de Marruecos, puso todo su empuje, que no era poco, en ser incluido en la sección de telegrafistas de campaña que acompañaron al ejército español.

El general en jefe de éste, D. Leopoldo O'Donell y Joris, antes de comenzar la campaña reconoció las costas marroquíes á bordo de un buque de guerra, y como no pudo iniciar aquella, según su deseo, desembarcando en Malahsbat, por cuestión de aprovisionamientos, ni en Tánger, por oposición de Inglaterra, tuvo que hacerlo en Ceuta, emprendiendo desde allí una ruta fatigosa y llena de peligros para las armas españolas, que los soldados bautizaron con el nombre de *Camino del diablo*. Benzú, el Boquete de Anghere, el Serrallo, la casa del Morabito, los Castillejos y Cabo Negro constituyen los gloriosos jalones de esta *vía dolorosa*, olvidados en esta generación por otros nombres funestos.

Cuando después de dos meses de lucha y de jornada llegó el ejército español á la campiña de Tetuán, saludó con una inmensa aclamación á la *ciudad santa*, que se extiende pintorescamente con sus blancos edificios y azoteas, que recuerdan los de las poblaciones andaluzas.

Eliodoro del Busto, poeta y dibujante, se embebeció en la contemplación de aquel mágico panorama. En todo el campo de Tetuán no había ni un solo hombre, exceptuando algunos muy ancianos; todos estaban en armas combatiendo contra el invasor. Pero la mayor parte de las huertas, alquerías y chozas hallábanse habitadas por mujeres y niños, que substituían á los hombres en sus faenas agrícolas y que no habían querido abandonar sus hogares, confiados en su fatalismo musulmán y en la voz que cundió de que el general español había dado órde-

nes terminantes para que fuesen respetadas las vidas y haciendas de los moradores pacíficos.

Frente á la parte del Sur de la ciudad se eleva una cordillera de montículos, y en la cañada que forma la derivación del terreno veíase entonces una casucha deteriorada por la acción del tiempo y que no obstante este deterioro estaba habitada por un personaje conocido en los alrededores con el extraño apodo de *Santón de la tarde*.

Este santón tenía una nieta huérfana que vivía con él, y á la que por serlo denominaban la *santita*.

En Marruecos, como es sabido, abundan los santones, clase respetable, mas para mí incomprensible; porque supuesto que en el dogma del Islam no hay infierno, ¿qué van ganando con su ascetismo y mortificaciones? El santón de que me ocupo se llamaba Muley Bermeceí, era sexagenario, fanático, feroz enemigo de los cristianos, constante propagador de los preceptos del Alcorán, muy especialmente de la oración de la tarde, puesto que «el hombre, que peca tantas veces al día, necesita purificarse para dormir tranquilo.»

Lulí, nieta del Santón, era una muchachita de trece años de edad, pero tan desarrollada que representaba algunos más. Según Eliodoro del Busto, por quien supe todas estas cosas, Lulí era muy linda, inteligente y graciosa, y como criada en las cercanías de Ceuta, hablaba español bastante bien.

Aunque reinaba tranquilidad en la comarca de Tetuán, no se olvidaban las precauciones militares, entre otras la de patrullar continuamente de día y de noche, á pie y á caballo. Un batallón del regimiento del Rey estaba exclusivamente encargado de escoltar al telégrafo de campaña; de esta fuerza destacábanse á diario patrullas que recorrían el campo, y Eliodoro aprovechaba estas ocasiones de pasear con seguridad, sobre todo en compañía del sargento Ramírez, amigo y paisano suyo.

En una de estas excursiones el poeta telegrafista encontró á Lulí junto á una fuente próxima á la casa del santón. Como ambos eran jóvenes y alegres, simpatizaron y, digámoslo así, se compenetraron. Lulí imitaba muy graciosamente á personas y á animales, Eliodoro dibujó el retrato de la muchacha y se lo regaló, sin tener en cuenta que los preceptos musulmicos prohiben la reproducción de la figura humana; y con estas cosas hacían agradables sus frecuentes entrevistas.

Pero la ausencia de enemigos y el deccanso de que tanto necesitaba el ejército, no podían ser duros.

Los exploradores habían visto masas de marroquíes venir hacia las montañas, y dentro de la ciudad se percibían ruidos de aprestos belicosos; de suerte que estas expansiones juveniles debían terminar ó suspenderse en breve.

II

Aquella tregua tácita tuvo, pues, que cesar forzosamente. Además de las fuerzas marroquíes que estaban dentro de la ciudad, comenzaron á descender por las vecinas montañas grandes masas de enemigos, que se acercaban con rapidez. Los moros, no sólo rehicieron su ejército, sino que, como vulgarmente se dice, habían puesto toda su carne en el asador. Dijose por entonces que constituían un total de sesenta mil combatientes, si bien al general O'Donell parecíale exagerada esta cifra.

Sea de ello lo que fuere, hízose preciso tomar posiciones. Después de un consejo de guerra, en el que, según su costumbre, el conde de Lucena no dijo nada, dejando decir á los demás, combinó su plan de batalla, que según parece fué un prodigio de previsión.

Aunque sería oportuno decir más, sólo puedo hablar de pasada del futuro duque de Tetuán. Correcto, frío, impenetrable, poco expansivo, fué un enigma militar y político. A O'Donell no podía juzgársele más que por los acontecimientos. Su *eterna sonrisa*, según Ríos Rosas, *era de esfinge*.

Desde el día 27 de enero el ejército español comenzó á apercibirse á la batalla, que parecía inminente. Por la parte del Guad-el-Jelú no había que temer, y el objetivo era atraer al enemigo, no muy previsor, lejos de la plaza y á las escasas planicies en donde podían jugar la artillería y caballería combinadas. El tiempo, metido en agua, no era á propósito para acciones de guerra, pero hubo que sufrirlo en vista de la inminencia del ataque.

El cuartel general estaba junto á la Aduana, cerca de Río Martín, y desde este punto desplegaron las tropas, algo diseminadas y por batallones para formar línea de combate que no pudiese ser envuelta por las superiores fuerzas de los moros.

El general Prim, que con su división había salido al encuentro de los voluntarios catalanes, que arribaban, para honrarlos y escoltarlos, no pudo tomar parte en esta acción de guerra, que si bien sangrienta, fué breve.

El tiempo amenazaba lluvia y el terreno estaba húmedo y encharcado, lo cual inquietaba al conde de Lucena, que comprendía que la rapidez de los movimientos decide la mayor parte de las veces la suerte de las batallas. Pero ¿qué hacer? Aproximábanse grandes masas de marroquíes, en tal número, que no cesaban de bajar de las montañas, aunque sus avanzadas pisaban ya el terreno del combate. El príncipe Muley-el-Abbas, generalísimo de los moros, faltó tal vez á sabiendas á un axioma estratégico que prescribe *cortar las alas al pájaro para cogerle*, y fiado quizá en su superioridad numérica, rebasó el ala izquierda del ejército español, que muy acertadamente no le disputó el paso, y atacó impetuosamente al 2.º cuerpo, mandado por el general Zabala. Los regimientos de Arapiles, Simancas Toledo y Chiclana, total unos cinco mil hombres, tuvieron que luchar contra cuadruplicadas fuerzas, y hubiéranlo pasado mal por la siguiente causa: comenzó á llover tan desafortadamente, que á los pocos minutos el terreno, ya blando, se encharcó por completo, y el ala izquierda, con la que contaba O'Donell para envolver al enemigo, tuvo que prescindir de la artillería para socorrer á la 2.ª división; puesto que apenas pudieron maniobrar la infantería y caballería, dando lugar á que aquella se hallara en grave riesgo. Pero Zabala mandó formar *cuadros oblicuos* con tal precisión y constancia, que hicieron recordar á los militares los famosos de los escoceses de Waterloo; y merced á tan heroica resistencia, pudieron ser socorridos por el ala izquierda de Turón y por la división de reserva de Ros de Olano. Cuando terminó la batalla, el general en jefe entusiasmado, quizá por primera vez en su vida, pasó por entre aquellos bizarros batallones exclamando: «¡Viva la infantería española!»

Desde aquel momento, atacados de frente y por un flanco, los moros sólo procuraron la retirada, que efectuaron en buen orden, merced á sus numerosas fuerzas. Unos entráronse en la ciudad y otros, ha-

biendo cesado la lluvia, ganaron como pudieron las vecinas montañas.

La llegada del general Prim al frente de los voluntarios catalanes vino á colmar la satisfacción del ejército. Eran próximamente quinientos, vestidos á usanza de su país, con fusiles, cananas al cinto y cubiertos con la clásica barretina. Fueron acogidos con aclamaciones de «¡Viva Español ¡Viva Cataluña!» El conde de Reus pronunció una arenga extensa y brillante. Cuando terminó, un jefe catalán le dijo:

— Todo eso está muy bien, mi general, pero el caso es que hemos llegado tarde.

— Ya nos resarciremos, contestó Prim irguiéndose en su caballo.

### III

Desde este día, 28 de enero, el general en jefe pasó tres ó cuatro en febril agitación, pues comprendía lo peligrosos que son los intervalos en la guerra. Esperó á que mejorara el tiempo; mas viéndole indeciso, fijó para el 2 del mes próximo la continuación de las operaciones de campaña.

El día marcado era de fiesta, y después de la misa de campaña, á las nueve de la mañana, viendo que no llovía, el conde de Lucena ordenó que los cuérpas de ejército ocuparan las posiciones que tenían señaladas de antemano. Turón mandaba el ala izquierda, Quesada la derecha, Zabala el centro, Ros de Olano la retaguardia y á Prim se le encomendó la misión de acudir con su división adonde fuera menester.

Las fuerzas de que se componía el ala derecha eran las más numerosas y las que llevaban más poderosa artillería.

El general en jefe dió la señal de ataque.

Las baterías del general Quesada hicieron fuego contra la plaza, con balas de á 24 para abrir brecha en el muro, y con granadas para rebasarle; los moros contestaron con los cañones emplazados en la muralla y con nutrido fuego de espingarda.

Al Este y al Norte de la ciudad era casi imposible situar artillería eficaz; porque en más de dos kilómetros en redondo el terreno era un inmenso pantano.

Poco después sucedió una cosa inexplicable, que más adelante aclarará el relato.

El telégrafo de campaña (ocioso á la sazón) hallábase situado naturalmente fuera de la acción del fuego, hacia el lado del Sur, y allí Eliodoro del Busto, en pie, pero teniendo á su lado un jacucho en que solía cabalgar, observaba con un antejo las operaciones de la división Quesada, haciendo contorsiones de impaciencia. Ya sabemos que dos compañías del regimiento del Rey estaban encargadas de escoltar el telégrafo, y cuando el joven telegrafista y escritor hallábase más embebecido en su observación, acercósele su amigo y paisano el sargento Ramírez y le dijo:

— Eliodoro, ahí te busca una muchacha.

— ¿A mí?

— Sí, ven; está aquí cerca.

La muchacha era Lulí, la nieta del *Santón de la tarde*. Los dos jóvenes cambiaron algunas palabras; después, ella aléjose apresuradamente de la fuerza avanzada, y viendo dos escuadrones que desprendiéndose de la división Zabala amenazaban obstruirle el camino, dióse á correr en dirección á la cordillera, cerca de la que habitaba. Eliodoro á su vez acercóse al telégrafo, muy preocupado, como si tratase de transmitir algún despacho, mas sin duda varió de idea á consecuencia de lo que vio á través de su enfilado antejo. Vió al general Prim con su división que primeramente dirigióse hacia el sitio en donde operaba el general Quesada, como para reforzarla; mas no fué así, el jefe catalán mandó un cuarto de conversión, y sin reunirse con aquél, siguió marchando hacia el Sur de la plaza.

Entonces Eliodoro, comprendiendo ó creyendo comprender este movimiento de Prim, montó en su jamelgo, espoleóle vivamente y saliéndole al encuentro del conde de Reus, cambió con él algunas palabras.

Prim hizo alto.

Desde entonces los movimientos estratégicos fueron tantos y tan rápidos, que se hace difícil describirlos; mas trataré de aclararlos por si el lector se impacienta, según el relato que de ellos me hizo el poeta telegrafista. Lulí la *santita*, que era alentada, como ya sabemos, creyendo en peligro á Eliodoro, como si éste tuviera necesidad de arrostrarle, le buscó en el telégrafo para decirle:



CIGARRERAS, cuadro de Gonzalo Bilbao

— No vayas, no te aproximes al muro fronterizo á la cordillera; allí hay una mina, pólvora, mucha pólvora!

— ¿Cómo lo sabes?, preguntóla naturalmente el joven cordobés.

— Se lo he oído decir al abuelo; los que se acercan volarán descuartizados.

Eliodoro, agradecido y sobresaltado, despidió á la niña mora y pensó advertir al general en jefe; mas notando el movimiento de Prim, á cuya división habíanse agregado tres baterías, supuso que éste se encaminaba al Sur de la plaza que, no obstante el foso, era la parte más débil; y saliendo á su encuentro, le enteró de la advertencia de Lulí.

Por esto el conde de Reus hizo alto. Parecía algo inverosímil la noticia, mas no obstante la tuvo en cuenta. En efecto, llevaba orden de cañonear la plaza por el Sur, secundando la acción del general Quesada. En esto, comenzó á llover de pronto y desafortunadamente, como sucede con frecuencia en Africa.

Entretanto, la artillería había abierto en el muro una brecha como de quince ó veinte metros, los moros hacían fuego entre los escombros y desde lo alto de la muralla; el general Quesada, no obstante, manda avanzar los batallones de Segorbe y Arapiles con el doble objeto de aproximarse á la brecha y de evitar el fuego de los cañones de la plaza, situándose muy debajo de ellos, cuando he aquí que la *guardia negra* rebasa el boquete y se presenta á pecho descubierto, haciendo detener el avance de los sitia-

dores. Prim entonces se alborota, pide un puesto de honor á Quesada, Arapiles y Segorbe se repliegan á los costados, y el conde de Reus, al frente de los voluntarios catalanes, que ansían batirse, se adelanta hacia el muro.

Aquí se hace aún más imposible la narración.

Los voluntarios catalanes avanzan y la guardia marroquí no retrocede; así es que muy pronto unos y otros se confunden en una lucha de la Edad media, en donde la ventaja está de parte de los negros, porque llueve incesantemente, y el terreno, ya muy reblandecido, se transforma en un extenso pantano, en el que éstos, más acostumbrados y descalzos de pie y pierna, se revuelven mejor. Es un combate no sólo á arma blanca, sino á golpes, sirviendo de mazas los fusiles. Afortunadamente duró poco, porque los batallones replegados diezmaban con su fuego á los sitiados más próximos á la muralla. Vuelven éstos la espalda y éntranse atropelladamente por el boquete; algunos soldados y catalanes los siguen, y Prim, cuyo caballo árabe había caído herido en el pecho como los valientes, sigue á éstos también.

En esto se presenta un ayudante del general en jefe; era Antonio Campos, tan conocido en la buena sociedad de Madrid, que después de haber derrochado una fortuna, reanudó en Africa su carrera militar. Alcanza al conde de Reus ya dentro de la plaza y ordena que todos salgan y que nadie entre.

Prim, excitado, vacila en obedecer el orden, pero Campos le informa de que al día siguiente se rendirá la ciudad, entablándose negociaciones de paz.

En efecto, el 2 de febrero de 1860, día en que celebra la iglesia la fiesta de la Candelaria, el pabellón español ondeaba en lo alto de la alcazaba de Tetuán. La guarnición mora de la plaza había evacuado, saliendo por la parte opuesta al campamento español y ganando los vecinos montes sin ser molestada, por la doble razón de que la paz era ya casi un hecho, y por aquello de que *al enemigo que huye, puente de plata*.

### IV

Unos días después recibí yo en Madrid una carta de Eliodoro del Busto, fechada en la ciudad rendida, y parece oportuno citar algunos párrafos de ella que se relacionan con esta narración.

«Sí — decía el joven telegrafista — pronto nos veremos. So color de una supuesta enfermedad de mi madre, he pedido y obtenido permiso para regresar á España. Aquí me aburo y la patria no necesita ya de mis valiosos servicios. He entrado triunfante en la *Paloma Santa* del islam y en ella he presenciado

una corrida de novillos; he visto en nuestro campamento al príncipe *Mulé Ilevas* haciendo la zalemas á nuestro general en jefe; ¿qué me queda ya que ver?»

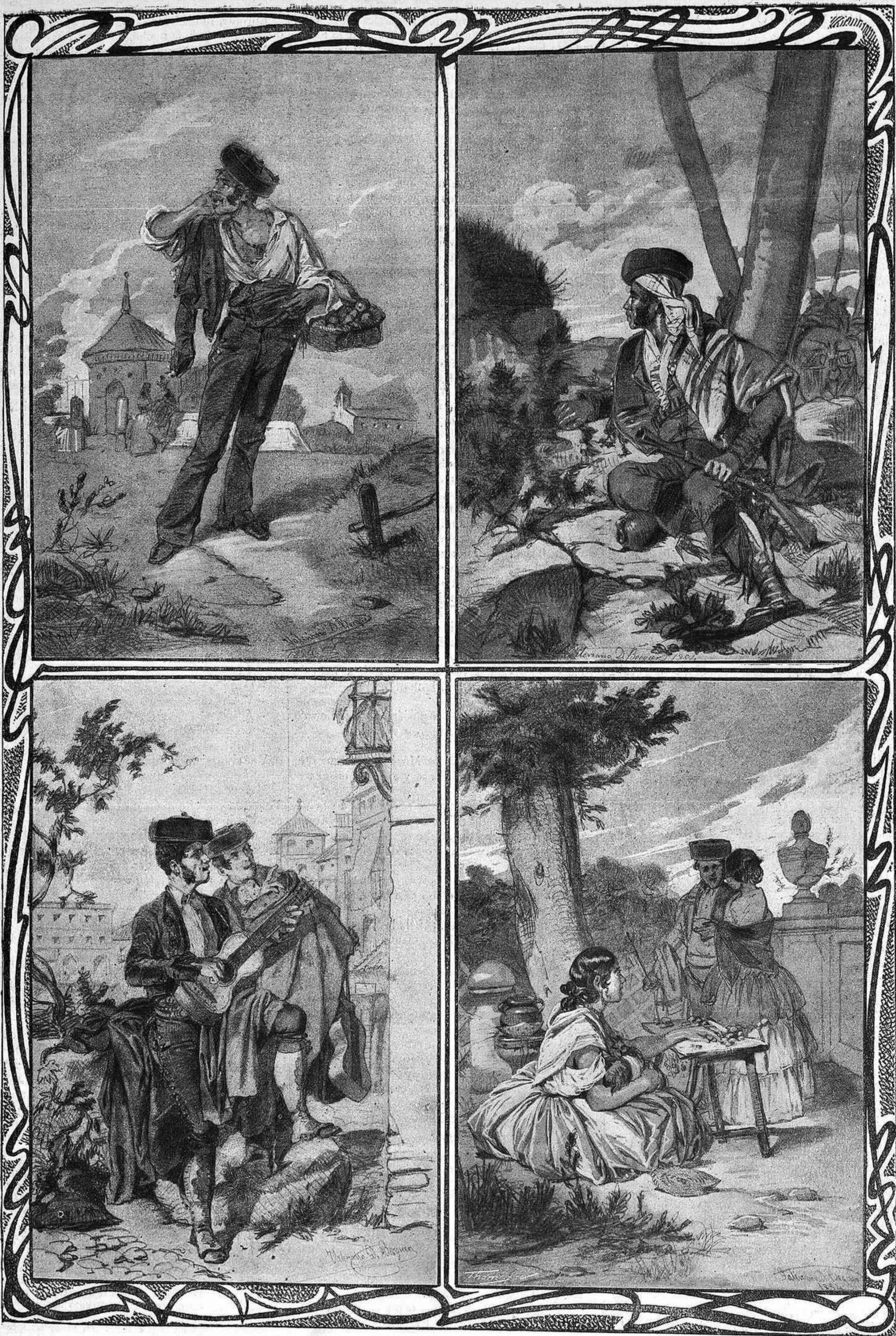
«En verdad que no sé cómo te escribo en este tono chancero cuando tengo una espina clavada en el corazón. Ya conoces el episodio de Lulí. ¡Pobre Lulí, tan graciosa, tan inteligente! Ha muerto, y lo triste es que ha muerto en cierto modo por mi causa é inútilmente. Porque después de un minucioso reconocimiento, lo de la mina ha resultado una noticia falsa, una lucubración de ese maldito santón que soñaba despierto y tomaba sus sueños por realidades.»

«Cuando reinó la paz, que para mí es la *paz de Varsovia*, me apresuré á buscar á Lulí. Fué á su casa. El santón Bermecida ha desaparecido, pero la *santita* estaba allí, muerta sobre un camastro y velada por una vecina huertana. Habíanla encontrado moribunda al pie de la cordillera. Estaba herida de bala en un hombro, pero tan levemente, que no debió morir de esto, sino de pérdida de sangre, cansancio y tal vez de miedo, aunque era animosa.»

«La hice enterrar en el cementerio de Tetuán, y sobre una tabla pintada de azul el sargento Ramírez, de quien ya te he hablado, que es pendolista, trazó en letras blancas los siguientes versos:

»Murió á los trece abriles y era graciosa y bella;  
Por salvar otras vidas dió la suya Lulí.  
¡Oh tierra de la muerte, no peses sobre ella,  
Que ella bien poco hubo pesado sobre ti!»

F. MORENO GODINO.



TIPOS Y COSTUMBRES DE ANDALUCÍA

DIBUJOS INÉDITOS DEL NOTABLE Y MALGRADO ARTISTA ESPAÑOL VALERIANO D. BÉCQUER

## LOS ENCANTOS DE LA VOZ

Siempre felices, á todas horas, en todos los instantes. Ella no cesaba de imaginar nuevos y amorosos atractivos; él, adorándola, estremecíase al placer de cada sorpresa.

Enrique daba lecciones de música; era el profesor predilecto de las damas. Pero Mercedes nunca fue celosa. Le aguardaba sin mortificadoras impaciencias, cada tarde, mientras él era objeto de cultas distinciones y hasta de preferencias insinuantes entre sus encopetadas y seductoras discípulas.

El profesor de música «no perdía el compás;» iba de casa en casa y de agasajo en agasajo, rígido y sonriente, como si no tuviera nervios ó su cuerpo fuese de un barro insensible. Nada pudo nunca distraer su oído, atento solamente á las notas, ni su alma, del todo embebecida en el amor de Mercedes.

Volvió siempre agitado, subiendo la escalera en cuatro brincos y con ansia de llegar, de verla, de abrazarla, de recibir de sus ojos aquella luz embriagadora, fuente de vida.

Juntos, muy juntos, hasta el momento de salir Enrique... ¡Tenían tantas cosas de que hablar!, y sólo hablaban de una: de su cariño, de sus adoraciones, de sus venturosos ensueños. Y aquel diálogo intenso, vibrante, con las voces enronquecidas por las emociones, no tenía fin: siempre repetido, siempre nuevo, siempre fascinador.

Una tarde, por no haber hallado á una de sus discípulas, Enrique anticipó su regreso; Mercedes no le aguardaba, como de costumbre, junto á la puerta, y él subió despacio para que no reconociera las pisadas; quería sorprender á un ángel.

Una voz dulcísima cantaba la cavatina del *Barbero* y aquellas notas envolvieron su alma de músico en emociones incomprensibles. Se detuvo para escuchar. Era la vez primera que algo desconocido, extraño á su pasión, le distraía de sus amores.

Cesó el canto, y Enrique se puso en dos brincos frente á la puerta de su casa.

Mercedes cosía tranquilamente.

¡Qué gusto!.. ¡Qué sorpresa!

Rieron, hablaron; pero á Enrique le hormigueaba una pregunta.

— ¿Oíste cantar?

— ¿Cuándo?

— ¡Ahor! ¿Sabes quién era?

— ¿Te gusta?

— Sí.

— Pues oye.

Y mirando á su marido con ternura, Mercedes repitió:

— *Una voce poco fa...*

Enrique la escuchaba en tal arrobamiento que aun después de acabar el canto permaneció inmóvil, con la boca entreabierta y las pupilas vidriosas. Aquella voz le sumergía en un placer intenso, en una ventura nueva.

Mercedes le sacó del paroxismo, dándole un beso en los labios.

— Tú..., tú..., repetía el feliz amante. Sí, ¡eras tñ!

— Yo... ¿Te gusta?

— ¡Una delicia! Y ¿cómo no pensé nunca, ¡torpe de mí!, que tu voz sería celestial como tu hermosura, como tu alma, como tus amores?

Mercedes reía, reía graciosamente, reía satisfecha; él, humillado por su torpeza, torvo, ceñudo, revolviéndose contra sí mismo, contaba las horas que pasó ignorante de aquel prodigio, como el avaro calcula un tesoro que á su codicia escapa.

— Tres años, Mercedes, tres años, y sin esta casual revelación, acaso toda la vida. Ni soy músico, ni soy maestro, ni soy amante. Nada, nada; soy un pobrete, indigno de ti.

Mercedes reía, reía y le acariciaba; reía orgullosa de tanta adoración, reía besando al hombre, todo amor, todo humildad, todo suyo.

Y desde aquella noche comenzaron á estudiar firmemente. Llegaban á olvidarse de que se querían, y á su diálogo intenso y vibrante sucedió la canción sonora y dulce, como aquél, siempre repetida y siempre nueva.

En poco tiempo, Mercedes aprendió sutiles romanzas que hacían vibrar el corazón de su Enrique, y el feliz matrimonio pasaba noches enteras repitiendo muchas amorosas melodías, que derramaban en el ambiente de aquel hogar un sentimentalismo delicioso.

El pobre músico sentíase arrebatado por la voz de Mercedes; jamás las caricias de la mujer le parecían tan dulces como las notas de su garganta. La voz era el ideal y el símbolo de sus amores: las frases armoniosas, impresas en el papel, interpretábalas Enrique

de varios modos cada vez que Mercedes las repetía; no hablaban el compositor ni el poeta: era la idolatrada, la bendecida, que hacía latir para él, sólo para él, aquellos imperturbables caracteres. Y el piano, acompañándola, respondía con sonoridades asombrosas á las ternuras de la voz; era un diálogo apasionadísimo, que aparecía suavemente bajo la música melodiosa; era el coloquio de las almas, que se difundía entre las vibrantes notas, como la palabra vuela por los hilos del telégrafo.

Salían poco, iban solamente á los Conciertos alguna vez y á la Opera de cuando en cuando. Pero á las músicas de las grandes orquestas, de los coros, de los concertantes, preferían su música, íntima y acariciadora, impregnada en delirios apasionados.

La curiosidad llevólos á oír *Hugonotes*, cantada por Morán, un tenor que se revelaba en su tierra después de ser aplaudido y estimado en todas las naciones cultas. Morán les hizo sentir lo que nunca sintieron fuera de su casa; la emoción apasionada, íntima, dulce, como si las notas del tenor acariciasen las almas. ¡Oh, un artista verdadero!

Y ligando tan recientes emociones á memorias antiguas, Enrique dedujo que Morán era un amigo de la niñez, su compañero en el Conservatorio, su inseparable... Su inseparable ¡y apenas le recordaba!

Sin duda Morán guardó más vivo el recuerdo, porque á los pocos días Enrique recibió una tarjeta y la visita del tenor.

Hablaron muy cariñosamente, hicieron confesión general. Enrique refería sus venturas, y le presentó á Mercedes. Morán era menos dichoso; errante por el mundo, muy aplaudido, muy admirado; pero sin un afecto verdadero, sin un amor grande, sin un hogar donde acogerse cuando la desgracia ó los años le arrancaran su tesoro. Sentíase rey, pero su corona era tan frágil que un aire podía quebrarla. Y los amores del artista son tristes, como los amores de los reyes. Las mujeres adoran al artista por su arte, como los hombres á la mujer por su hermosura. Dichosos mil veces los que alcanzan, libres de fascinaciones ilusorias, una caricia sincera, el contacto de un corazón con otro corazón.

Cuando Mercedes pronunció la última nota de *Lascialidit, tú m' ami*, Enrique dijo:

— ¿Ensayemos un dúo?

Las mejillas de Mercedes pusieronse rojas como dos granadas y su voz temblorosa repetía:

— Eso no, eso no...

— ¿Por qué no?, replicaba Morán galantemente. A usted le sobran condiciones y arte. Sí: ensayemos un dúo.

Enrique preparó á Mercedes para evitar á su amigo las molestias de los primeros ensayos; pero Morán iba todas las tardes con ánimo de repetir mil veces lo que fuera preciso: el ambiente de aquel hogar le atraía.

Cuando se unieron las dos voces en un solo ritmo, la de Mercedes tembló, como tiembla un pájaro al sentir el vuelo de un águila.

— No hay que asustarse. ¡Arriba!

Sus notas vibraban dolorosamente.

— Falta, falta mucho aún, dijo el maestro.

Y pulsando las teclas del piano prosiguió:

— Repetiremos otra vez.

El canto del hombre, poderoso y triunfante, hizo vibrar los cristales, chisporroteó como una claridad en el espacio, derramóse como una ternura infinita sobre las almas. El canto de la mujer, temeroso, indeciso apagábase, como una luz azotada por el viento.

De pronto alzóse vibrando, apasionado, fortalecido, radiante; la voz femenil era ya dominadora, firme, audaz; la pulsación del piano fué también más vigorosa: el entusiasmo caldeaba el ambiente.

*Cedi, Raúl, se col mio danno posso  
salvar tua vita, il danno mio sol bramo  
deh non partir!.. Cedi... Odi...*

El piano calló. La mujer dijo, delirando, como si en aquellas notas agonizase, muerta de amor, su alma:

*¡Io t' amo!*

Enrique alzó los ojos. Debía sumergir en sonoridades briosas aquella frase apasionada, y sus dedos inertes no se movían.

— ¡Sigue!, balbuceó Morán.

Quiso atender, y sus manos cayeron sobre las teclas produciendo un ruido estridente, inarmónico.

— No es eso..., gritó Morán.

— Sí..., ya sé... No es eso, dijo Enrique.

Mercedes, que hasta entonces había permanecido lánguida, inmóvil, como una estatua, humilló la cabeza sollozando:

— No puedo, no puedo...

Y un frío glacial penetraba en aquellos corazones.

Enrique, impaciente, aguardaba el día sin haber dormido en toda la noche.

Muy temprano salió de su casa, decidido, resuelto, dirigiéndose á la de Morán.

— ¿Qué ocurre?, dijo el artista despertando.

— Algo muy grave para mí. Si eres un hombre de corazón, escúchame.

— Habla.

— Ya sé que mi proceder no es... ni correcto si quiera... Pero no hay leyes que valgan cuando hago lo que me parece justo. Ella no es culpable; yo la obligué á cantar contigo, á comprenderte, á sentirte... ¡y tu voz la fascina, la enamora!

— No disparates.

— ¿Para qué ocultarlo, si es cierto? Dime la verdad: ¿la quieres?

— No hay duda; ¡estás loco!

— Porque si tú la quisieras, contigo sería dichosa; y á mi lado ¡no puede serlo ya!

— Piensa lo que dices y cálmate.

— Yo quiero que sea dichosa. Si el matrimonio se convierte para ella en esclavitud, no la quiero esclava. ¿La ley me la concede? Su voluntad es mi única ley. Mi vida es un reflejo de su vida; y si ella no es dichosa, ¿cómo he de serlo yo?

— Cálmate y reflexionemos. ¿Que mi voz la fascina? Es posible. ¿Que sería feliz á mi lado? No lo dudo. ¿Y después? El encanto de la voz es un engaño; el oído se acostumbra... Pero el corazón, ¡ese no se acostumbra jamás á los engaños! Vuelve á tu casa, vuelve á tus amores que son los verdaderos. Los delirios del artista pasan revoloteando como ligeras mariposas; el entusiasmo que despiertan es planta sin raíces... ¡Cómo quieres que luce mi voz con tu alma! Tú eres el sacrificio, yo la soberbia; tú sabes querer, yo sé avasallar: deja que pase algún tiempo y serás vencedor. Un hombre como yo podría turbar tus amores con placeres y torturas, pero no podría jamás arrojarte de un corazón apasionado. Pensad que las mujeres tienen alas, como los ángeles y como las palomas. Dejadas volar, esperando que vuelvan al nido; ellas volverán á su nido, ilesas ó heridas, pero siempre rebosando amor. La rama que no sabe sostener su nido, nunca se alegra con el canto de los ruiseñores.

— ¡Morán!

— Vuelve á tu casa y que nada sospeche la infeliz.

— Adiós.

— Yo, muy lejos...

— ¡Gracias!

Y se abrazaron, porque se despedían para siempre.

Mercedes había puesto en el atril una romanza de Tosti, después de quemar el gran dúo de *Hugonotes* en la chimenea.

Enrique sentóse al piano.

Quisieron rehacer su vida, como si la desgracia fuera un sueño. Mercedes cantaba: su voz era dulce, muy dulce, pero también muy triste, y el piano, ¡ay!, hacía coro á su tristeza.

— No cantes, no cantes, dijo el músico mientras asomaban á sus ojos dos gruesas lágrimas.

— ¡Perdóname!, gritó Mercedes arrodillándose á los pies de su marido.

— ¡Perdonarte!.. ¡Ángel mío, adorada, bendita..., pobre criatura! De tu amor no dudo..., ni de tu bondad... Pero no cantes; nuestras caricias eran canciones, ya son lágrimas; llora conmigo, llora por algo que ha muerto entre nosotros...

LUIS RUIZ Y CONTRERAS.

## TIPOS Y COSTUMBRES DE ANDALUCÍA

DIBUJOS INÉDITOS DE VALERIANO D. BÉCQUER

La cualidad distintiva del malogrado artista sevillano fué la espontaneidad. Obligado desde muy niño á vivir de su trabajo, no pudo dedicarse al estudio serio del arte que tanto le apasionara; pero lo que no aprendió en academias y talleres supliólo su natural talento con la observación directa del natural, logrando, merced á esto, crearse un estilo, una manera y un color que en nada se parecían á lo que hasta entonces había visto.

Persiguió la desgracia desde la niñez, y los treinta y seis años de su vida fueron una serie casi no interrumpida de contrariedades, á las que puso término, en 20 de septiembre de 1870, una enfermedad que desde hacía muchos años minaba su existencia y á la que dieron incremento los disgustos y el excesivo trabajo.

Algunos de sus mejores cuadros son preciadas joyas del Museo Nacional de Madrid, y la mayoría de sus dibujos, disseminados por ilustraciones y revistas y en poder de inteligentes aficionados los más de ellos, formarían, si pudieran reunirse, una colección tan bella como interesante. Al número de estos últimos pertenecen los que en la página anterior reproducimos, en los cuales pueden admirarse la corrección, la naturalidad y la elegancia, que hicieron de Valeriano Bécquer uno de los artistas más originales de su época. — S.

# EL DIRECTOR DE ESCENA.



## CRÓNICA PARISIENSE

No sé quién ha dicho que si la rutina fuese destruida de París — hipótesis realmente inverosímil, — encontraría un asilo inviolable en el teatro de la Comedia Francesa.

La verdad es que «la casa de Molière» viene siendo, desde hace muchísimos años, el templo de invariables costumbres.

Los famosos «precedentes» conservan allí su omnipotencia, y desde el último lampista hasta el administrador general, todos los empleados de la casa la consideran como un tabernáculo de la tradición.

Pero, justo es decirlo, de algún tiempo á esta parte se nota cierto relajamiento en esa religión de la usanza inveterada. No diré que soplen vientos de tempestad en el viejo teatro de la calle de Richelieu, pero sí una ligera brisa de revolución.

Así es que se trata de suprimir en la Comedia Francesa el cargo de semanero, que hasta ahora ha venido haciendo alternativamente cada socio, y por ocho días, una especie de director general de escena.

Los semaneros van á ser reemplazados por un inspector general, y ya se designa para este cargo al actor Prud'hon.

Prud'hon, que es socio de la Comedia Francesa, ha manifestado su intención de dimitir; y sus camaradas le proporcionan la ocasión de quedarse en la casa, de seguir respirando ese aire de bastidores que falta á los artistas retirados del teatro. Por unanimidad y de una manera

espontánea le han rogado que asuma los cargos de director general de escena y jefe del material.

Prud'hon ha obtenido grandes éxitos... como director de escena; hace diez años que reemplaza al administrador en ausencia de éste, y como lleva treinta y seis en la casa, conoce perfectamente el repertorio y el material de la Comedia.

El director general de escena será más útil que el semanero, ese semanero que, en una canción de Ferandy, nada sabe, nada ve, ni está nunca en su puesto cuando se le necesita.

Haçe falta una dirección única para un trabajo tan delicado como el de poner una obra en escena. En el teatro, como en la política, la división de poderes ofrece más inconvenientes que ventajas.

Si bien se mira, la supresión de los semaneros es más bien un retorno á la tradición que una reforma.

Durante el imperio y bajo la administración de M. Thierry, había un director general de escena en la Comedia Francesa. El cargo estaba desempeñado por Regnier. Pero al encargarse M. Perrin de la administración del teatro, época en que Regnier había presentado la dimisión de su empleo, la dirección de la escena fué confiada por turno á los semaneros.

La experiencia ha sido larga, viniendo á demostrar hasta la saciedad que los semaneros no pueden desempeñar con gran perfección el cargo de director de escena. Les preocupa el papel que estudian, y como su poder no dura más que ocho días, no quieren imponer su criterio, que el semanero siguiente puede echar por tierra.

En todos los demás teatros de París hay un director de escena. Estas funciones suelen estar confiadas á un actor, pero sin las alternativas de la Comedia

Francesa. Funciones importantes, pues del mérito profesional de la persona que las desempeña depende con frecuencia el éxito de los espectáculos.

En los grandes teatros hay más de un director de escena. El director general, *alter ego* del empresario, reina sobre autores, actores y empleados de la casa, da su parecer — casi siempre decisivo — sobre las obras presentadas, escoge los artistas y distribuye los papeles; él es quien discute con la censura, cuando esta suspicaz

señora quiere expurgar algún manuscrito, y él es quien «habla al público» para anunciar un cambio de papeles ó de espectáculo, motivado por la indisposición repentina de una actriz, ó para pedir indulgencia en favor de un artista que se ha puesto ronco ó de una *debutante* intimidada.

El es quien traza la línea literaria del teatro; y el empresario le hace responsable de los fracasos; lo cual no impide que éste asuma el beneficio moral como el beneficio material de los éxitos.

Después del director general, viene el simple director de escena. Como su nombre indica, éste no ejerce su autoridad más que en las tablas. Atiende á los ensayos, coordina la interpretación de las obras, se ocupa del atrezzo y de la guardarropía, del decorado y demás accesorios. Es un verdadero y precioso colaborador para los autores, á quienes da á menudo muy útiles consejos. Pero los señores autores no suelen agradecerse los. Y es natural. Entre los consejos del director de escena figuran, en primera línea, los que se refieren á los cortes que conviene hacer en la obra que se ensaya.

— Esta escena resulta larga; la acción se enfría... Este diálogo languidece; habría que hacerle un buen corte... Esta situación de final de acto resultaría de más efecto si se aligerase un poco...

Y el autor acepta, con gran dolor de su alma, que se corten parlamentos y diálogos que á él le parecen admirables.

En el escenario se oyen á veces, durante los ensayos, acaloradas discusiones. El autor se resiste al sacrificio de su prosa;

el director de escena asegura con la autoridad de su larga experiencia que tal ó cual situación se prolonga demasiado y va á hacer caer la obra al foso.

Por fin se transige por ambas partes; el autor salva la mitad de su texto y el director de escena se digna admitir que «así la cosa podrá pasar.»

El subdirector es el que llamamos en España segundo apunte. Sus funciones son más modestas; sin embargo, de él depende la buena marcha de una representación. El menor descuido del segundo apuntador puede ocasionar un desastre; que se le olvide dar á un actor la carta que ha de leer en escena; que se retrase un minuto en «dar la salida» á un personaje que ha de aparecer en un momento crítico, y la situación más patética de una obra resulta un perance que compromete su éxito.

El segundo apunte redacta y fija la tablilla anunciadora de los ensayos, y anota los retrasos y las faltas de asistencia.

El es quien va de cuarto en cuarto preguntando á los artistas si están listos para el acto siguiente. Cuando le consta que todas las damas están vestidas, pregunta al director de escena si se puede empezar, y en la afirmativa, manda tocar el timbre de aviso, hace que el apuntador se meta en la concha; llama á los actores que «empiezan el acto»; hace despejar las tablas, invadidas siempre en los entreactos por tramoyistas, comparsas, amigos de las actrices y gacettilleros; hace levantar el telón y se multiplica entre bastidores para prevenir y «dar la salida» á los artistas, dar «voces al paño», hacer ruido de pasos, tocar campanillas, remedar el rodar de un coche, la caída de un cuerpo cualquiera, el ladrar de un perro, disparar un tiro, pedir socorro y hacer ejecutar á punto por la comparsa los tumultos é

incidentes de toda clase que á la vista del público ó entre bastidores exige la representación de las obras.

El pobre diablo, que á veces es un actor silbado, gana un sueldo muy inferior á la multiplicidad é importancia de sus funciones. Y por añadidura, muchos artistas le tienen tirria por las multas que les hace aplicar. Los comparsas murmuran de él y las primeras partes le tratan con desdén.

El se venga, á veces, poniéndoles multas.



Lectura de una obra

En los teatros de último orden, el director de escena y el segundo apunte son dos cargos distintos y una sola persona. Y hasta hace uno ó más papeles en las obras de mucho personal.

Sucede, á veces, que atento á dar la salida á los demás, se olvida él mismo de salir á la escena en el momento preciso. Y entonces, «para que no digan,» se impone, á su vez, la correspondiente multa.

JUAN B. ENSEÑAT.

(Ilustraciones de Gosé.)

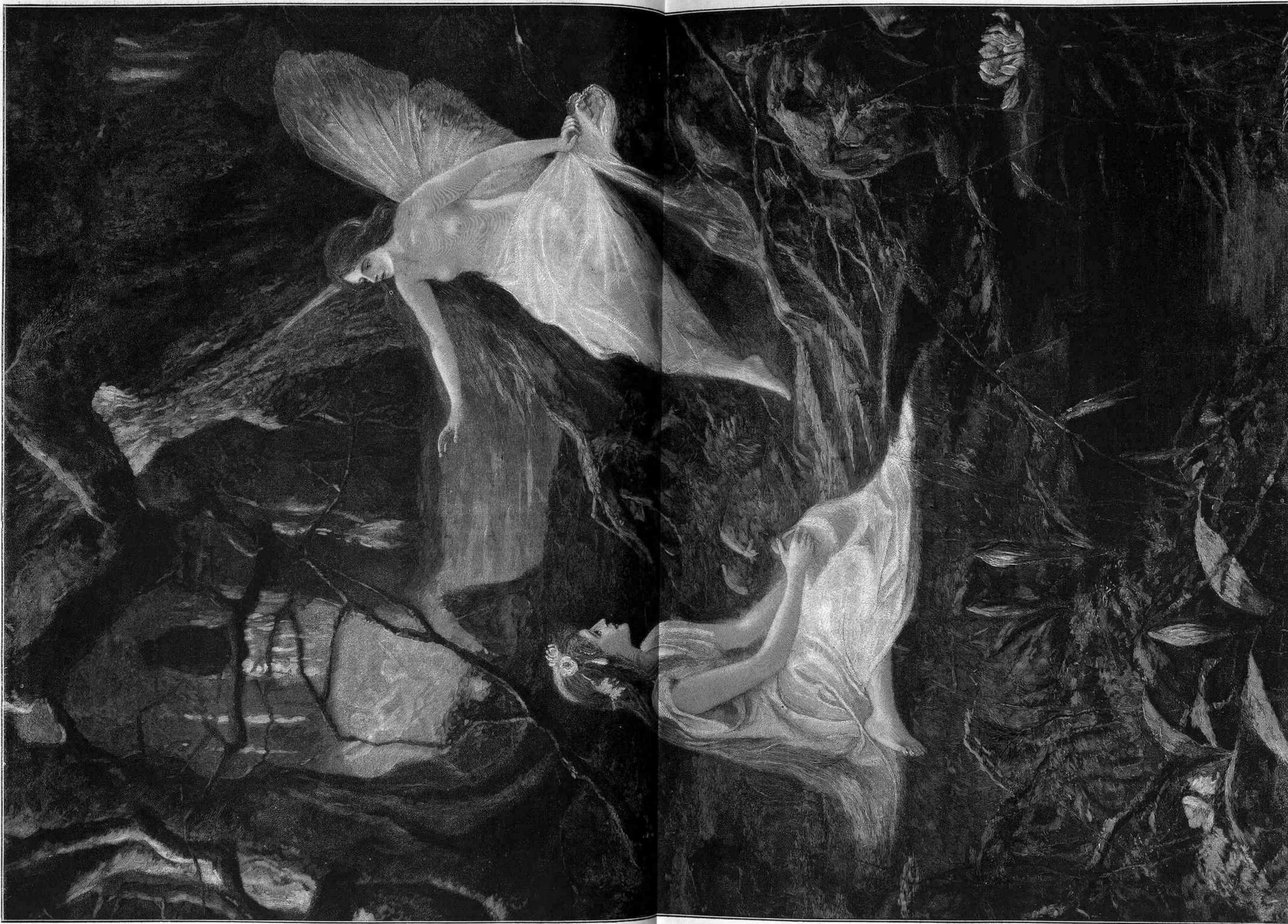


Un ensayo

## NUESTROS GRABADOS

**El conquistador, cuadro de Agache.**—Para apreciar el valor de este cuadro, basta conocer los versículos del salmo 48, en que el celebrado artista francés Agache se ha inspirado, y que dicen así: «Tú no te turbes por más que un hombre se haga rico y crezca el fausto de su casa, puesto que cuando muera nada llevará consigo ni le seguirá su gloria.» Ese venerable anciano, ceñida la cabeza con corona de laureles, es la imagen viva de la vanidad de las humanas pompas; su mano se posa sobre el globo en signo de dominación, pero su mirada claramente revela que su pensamiento se halla libre por completo de las ataduras que á las cosas terrenales le sujetaban, y que en el ocaso de su existencia, al recordar su vida pasada llena de gloriosos hechos y al meditar sobre el fin que se aproxima, advierte que sus hazañas, sus conquistas, sus triunfos se desvanecen como el humo, dejando sólo en pie la pequeñez del hombre ante la inmensidad de lo infinito. La figura tan admirablemente pintada por Agache es de las que impresionan hondamente; su rostro, de una expresión vigorosa en medio de su dulzura, es una verdadera maravilla, y el conjunto del cuadro hácese admirar, tanto por la idea que en él preside, cuanto por la manera como ha sabido el autor darle forma.

**Cigarreras, cuadro de Gonzalo Bilbao.**—Digno del buen nombre alcanzado por el meritisimo pintor sevillano

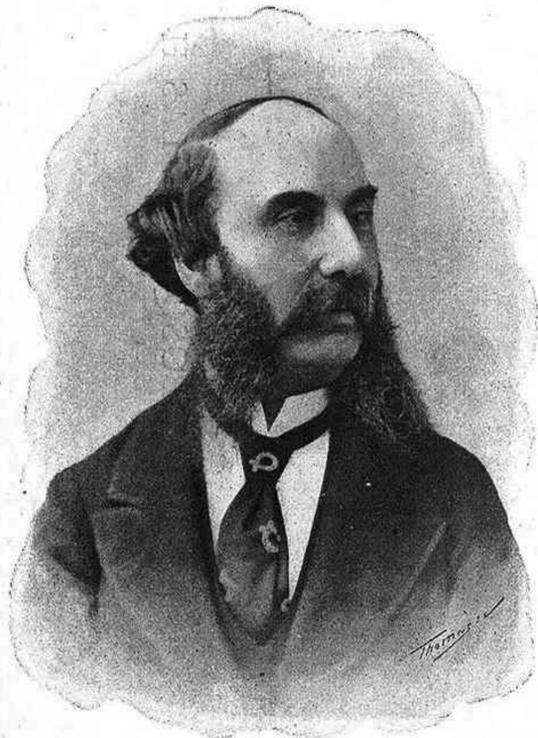


EL BOSQUE DE LAS HADAS, CUADRO DE K. DE ROZYNSKI

es el hermoso lienzo que reproducimos. Como todas sus obras, ofrece la á que nos referimos dos aspectos dignos de estudio y de aplauso: el que se refiere al concepto y el que atañe al procedimiento. El primero, aquí se traduce en la fidelidad de la interpretación, en la habilidad y esfuerzo del artista para reproducir con extraordinaria exactitud tipos concienzudamente observados y exactamente trasladados al lienzo. Cuanto al procedimiento, no hemos de regatear aplausos, ya que los merece cumplidos, puesto que se presenta Gonzalo Bilbao conocedor habilísimo de la técnica y diestro en amasar esa gama distintiva y característica de la castiza escuela, firme y seguro, ajeno á efectismos y rebuscamientos

**El bosque de las hadas, cuadro de K. de Rozynski.**—Cuando las sombras del crepúsculo extienden su manto sobre la tierra, púebase el bosque con todas las figuras fantásticas que surgen en nuestra mente, evocadas por el recuerdo de los cuentos de hadas que fueron el encanto de nuestra niñez; entonces la imaginación nos finge misteriosas apariciones, y con los ojos y los oídos del alma vemos ninfas que se bañan en los arroyos, monstruos que se persiguen por entre los árboles, gnomos que brotan de las entrañas de la tierra, en donde guardan sus inmensos tesoros, y escuchamos cantos dulcísimos, suaves acordes, notas armoniosas y esos mil fascinadores murmullos que forman el admirable concierto de la naturaleza. Privilegio es del pintor y del poeta el poder expresar esto que muchos sienten sin que les sea dado exteriorizarlo, y así se producen cuadros tan bellos como el de Rozynski, que parece la realización de un hermoso ensueño y que significa en el pintor, no sólo gran fuerza de concepción, sino además un dominio de todos los recursos que el arte pictórico pone á la disposición del artista de verdadero talento.

**D. Pablo Gil.**—En Inglaterra, en Francia, en Alemania, en los Estados Unidos, en muchas naciones extranjeras, en una palabra, es frecuente el hecho de que los privilegiados de la fortuna quieran hacer partícipes á sus compatriotas de los bienes que la suerte, el talento ó el trabajo han puesto en sus manos, y así vemos menudear las fundaciones para fines benéficos ó de enseñanza que los millonarios establecen y dotan espléndidamente. En España, por desgracia, estos ejemplos son menos abundantes, siendo contadas las instituciones que á esas cuantiosas donaciones se deben; por esto nos consideramos más obligados á ensalzar la memoria de los que en vida ó después de muertos dejan su nombre unido á una obra filantrópica que ha de perpetuar y hacer bendecir su recuerdo. Entre estos grandes bienhechores merece un lugar preeminente D. Pablo Gil, el acaudalado banquero catalán establecido en París, en donde falleció en 30 de abril de 1897. Dotado de una gran fortuna, quiso al morir que una buena parte de ella se invirtiera en beneficio de los pobres de Barcelona, y á este efecto dejó tres millones de pesetas para la construcción de un hospital, cuya primera piedra se colocó solemnemente hace pocos días. El terreno adquirido al efecto hállase situado en los alrededores de nuestra ciudad y reúne condiciones inmejorables. El nuevo nosocomio, que se denominará Hospital de San Pablo, formará parte del de Santa Cruz, que se levantará en terrenos conti-



D. PABLO GIL, que falleció en París en 30 de abril de 1897 dejando un legado de tres millones de pesetas para la construcción de un hospital en Barcelona.

guos, ocupando entre ambos una superficie de cuatro millones de palmos: en la actualidad, el distinguido arquitecto D. Luis Doménech y Montaner está trabajando en los planos de esta obra grandiosa que, una vez terminada, constituirá un establecimiento á la altura de las más modernas exigencias de la higiene.

**Jarrón para flores, obra de K. Borsdorf.**—En donde más se ha dejado sentir la influencia del modernismo es sin disputa en las industrias artísticas; hoy el más lujoso mueble como el más insignificante *bibelot* presentan el carácter de verdaderas obras de arte, y los más celebrados pintores y escultores no se desdían de producir objetos que hace poco miraban con desdén los maestros y cuya fabricación estaba exclusivamente encomendada á modestos artesanos. Esto hace que lo que antes fué oficio de decoración sea hoy arte decora-

tivo y que todos los productos de la industria respondan, no sólo al fin utilitario, sino también al fin estético, y á la vez que sirvan para el uso á que se les destine, puedan servir de elemento de adorno, es decir, que al par que útiles resulten bellos. El jarrón de *faience* para flores que en esta página reproducimos entra de lleno en este orden de composiciones: originalísimo en su concepción, avaloran esta cualidad la delicadeza con que está modelada la figura principal, el vigor que se



JARRÓN PARA FLORES, obra de K. Borsdorf

nota en los rasgos de la cara gigantesca que forma, por decirlo así, el cuerpo del objeto, y la elegancia de líneas que se admira en el conjunto.

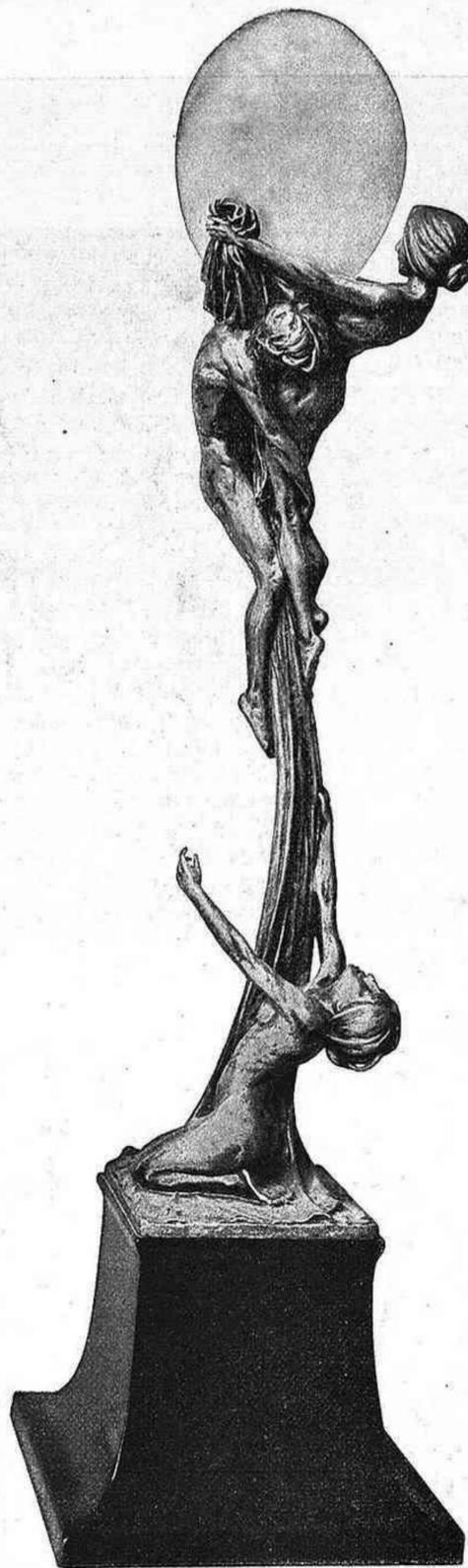
**Abandonada, lámpara eléctrica de bronce dorado, obra de Gustavo Gurschner.**—Lo que antes hemos dicho respecto del jarrón para flores de Borsdorf, tiene perfecta aplicación á esta obra del artista vienés Gustavo Gurschner; pero en esta última el artista no se ha contentado con producir un objeto de carácter decorativo, sino que ha querido darle un argumento, valga la palabra. Y justo es confesar que con ello ha ganado extraordinariamente en interés esta composición, pues merced á la combinación acertada del elemento de forma con el de fondo, adquieren las figuras una importancia que no suelen tener las que entran en obras de esta clase, sobresaliendo entre ellas la de la *abandonada*, tan admirablemente concebida y modelada con tanto vigor, que por sí sola constituye una escultura digna de los mayores elogios.

**Paisaje, cuadro de Modesto Urgell.**—De todos nuestros pintores contemporáneos, Modesto Urgell es el que tiene una personalidad más marcada; entre centenares de otros cuadros, los suyos se distinguen desde luego sin necesidad de mirar la firma, todos llevan un sello especial que les hace inconfundibles, en todos ellos se admira este encanto particular que es la característica de su autor. Modesto Urgell es un idólatra de la naturaleza; su alma de poeta no se cansa de buscar en ella su inspiración; pero su temperamento, un tanto dado á la melancolía, hácele fijarse únicamente en los paisajes tristes, en las calles de los pueblos estrechas y tortuosas envueltas en la penumbra, en los campos solitarios apenas iluminados por los últimos resplandores del crepúsculo, en los pobres cementerios rurales cercados por humilde tapia, por encima de la cual asoman sus copas los cipreses, en las tierras pantanosas en cuyo aire parecen flotar mortíferos miasmas. Pocos artistas han permanecido tan fieles como Urgell á un mismo género; y como este género armoniza admirablemente con su modo de ser y como el artista siente tan profunda y sinceramente sus asuntos, de aquí que haya llegado á una perfección que en todas ocasiones le ha conquistado entusiastas y unánimes alabanzas, y que ha puesto su nombre entre los más ilustres maestros de la pintura española de nuestros tiempos.

#### MISCELÁNEA

**Bellas Artes.**—BARCELONA. — *Salón París.* — Objeto de animadas discusiones y controversias, entre artistas y aficionados, es la exhibición de un crecido número de cuadros al óleo, acuarelas y dibujos coloridos, que han organizado los señores Degouve de Nuncques, resultado de su estancia en las Baleares y recuerdo de aquellas hermosas islas. Bajo este último aspecto, justo es convenir que así el Sr. Degouve como su apreciable esposa han logrado cumplidamente sus propósitos, ya que en sus numerosos estudios y apuntes aparece representada la naturaleza bajo sus diversas é interesantes formas. Las acantiladas costas representánse en toda su aparatosa grandeza; los campos, la vegetación fresca, jugosa y exuberante, los tipos con sus caracteres distintivos, todo, en fin, cuanto recuerda y reproduce aquel rincón de la tierra española, aquel país tan digno de estudio y consideración. Cuanto á la forma, á los procedimientos adoptados por los artistas á que nos referimos para dar satisfacción á sus deseos, ya no es tan unánime el concepto que merecen todas y cada una de las producciones, porque al fin y al cabo trátase de una manifestación particularísima y por lo tanto personal, que representa una innovación. Los Sres. Degouve no se han circunscrito á copiar y reproducir fielmente cuanto han observado, puesto que han sumado al caudal

de sus aptitudes artísticas el de su poderosa fantasía, el esfuerzo de su imaginación un tanto soñadora, asociando la poesía á la pintura. De ahí que en algunas obras y singularmente la de mayores dimensiones, que ocupa el centro del salón, afecten los



ABANDONADA, lámpara eléctrica de bronce dorado, obra de Gustavo Gurschner

árboles, sus añosos troncos y espesos ramajes la forma de animales quiméricos, á semejanza de las creaciones de Gustavo Doré, pero más acentuadas, quizás menos razonadas y por lo tanto acusadoras de mayor fantasía.

Las acuarelas de la Sra. Degouve distingúense también por su carácter especial. Los tonos aparecen debilitados, cual si recordaran la coloración de antiguos tapices, y aunque pueda considerárselas como producciones marcadamente feministas, son verdaderamente recomendables, ya que éstas, como las de su esposo, revelan dos espíritus cultos y delicados que asocian acertadamente sus aptitudes artísticas al sentimiento que en su alma rebosa, más estimable para nosotros por haber elegido para manifestarse una región de nuestra querida patria.

PARÍS.—El museo Guimet ha recibido en depósito, que probablemente se convertirá en donativo, una de las más bellas colecciones de cristalería antigua que posee un aficionado sirio, el Sr. Durighello. Contiene centenares de piezas intactas fenicias, judías, romanas, árabes, etc., datando muchas de ellas de la época en que se empezó la fabricación del cristal, y en ella hallarán los artistas é industriales modelos maravillosos.

**Teatros.**—BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *El cor del poble*, interesante comedia dramática en tres actos de D. Ignacio Iglesias; y en el Principal *El afinador*, graciosa comedia en dos actos de D. Vital Aza. En Novedades ha dado algunos conciertos el Orfeón Pamplonés, que en todas las composiciones de los más diversos géneros que ha cantado ha demostrado ser una de las más notables instituciones de su género, habiendo obtenido en todas ellas entusiastas aplausos.

— En el teatro de la Valle, de Roma, se ha representado con aplauso un nuevo drama de Boito, titulado *Sócrates*.

**Necrología.**—Ha fallecido: Onslow Ford, celebrado escultor inglés, miembro de la Real Academia de Bellas Artes.

EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE CABRINETY

I

Silvino Marsac empujó la vidriera que desde el vestíbulo daba acceso á la escalera de honor, con pulso menos seguro que de costumbre. ¿Es que aquella escalera, cubierta de obscuro tapiz, le parecía más pesada que otras veces? ¿Acaso el llamado de aquella puerta de esculpidas hojas le quemaba la mano, hasta el punto de que por dos veces vaciló antes de tirar de él?

Tal vacilación era extraña en Silvino y él mismo parecía admirado de sentirla. Aquel hombre que había doblado ya los cuarenta años, tostado por el sol de todos los países, curtido en las luchas peligrosas de la vida, jamás sintió los asaltos de la duda ni de la timidez; eran para él enemigos desconocidos. Y sin embargo, durante un momento estuvo presto á retroceder; pero se rehizo y se frunció su poblado entrecejo.

- Lo he prometido, dijo casi en alta voz.

Se quitó el sombrero, y con movimiento maquinal pasó su mano por entre sus cabellos ásperos y grises, se cubrió de nuevo y llamó. El lacayo que abrió la puerta le saludó con esa respetuosa familiaridad que se permiten los antiguos criados para con un huésped de todos los días. Silvino Marsac le dió su pardesú y pasó adelante, á fuer de hombre seguro de ser bien acogido.

Atravesó el comedor, que era suntuoso y en el que brillaba la plata antigua de una vajilla sobre el obscuro fondo de altos armarios de roble. Obscurecía; el mobiliario del gran salón, de colores claros y delicados, parecía ennegrecido por la sombra crepuscular; en el fondo de la habitación, una pequeña estancia tapizada de una tela de tono cálido y aterciopelado, parecía, por contraste, retener las últimas claridades del día sobre las molduras de oro de los cuadros, las facetas de las arañas de cristal de roca y las chucherías que tantos encantos prestan á una vivienda.

Sentada junto á la ventana, teniendo el busto inclinado sobre un libro, la baronesa de Grandpré estaba entregada á la lectura. Al oír los pasos de Marsac levantó la cabeza y dejó el libro sobre una mesa, sin hacer más movimiento que extender el brazo.

Bañada en aquella claridad indecisa, bajo los tenues reflejos del transparente de blonda, destacando sobre aquel fondo obscuro, la baronesa era todavía muy bella, á pesar de sus cuarenta y ocho años.

La diadema que sus cabellos grises formaban á su altiva cabeza añadía suave encanto á las nobles líneas de su rostro. Al posarse en el recién venido, sus ojos de color obscuro brillaron afectuosamente y tendió su mano con gesto cariñoso.

- Agradezco á usted que haya venido, dijo; me estaha estropeando los ojos leyendo este libro.

- ¿Vale á lo menos la pena de ello?, preguntó Marsac después de haber besado la mano que le tendiera la dama.

Y miró la portada del libro. Era de versos, de

lo mismo, preferiría esa luz velada algunos instantes más.

La baronesa se irguió de pronto, y cambiando bruscamente la voz dirigió á Marsac esta pregunta:

- Quiere usted hablarme, ¿no es eso? Y su acento demostraba extraña expresión.

- Sí, señora; tenemos que hablar, contestó Silvino con tranquilotono.

Por un contraste muy natural, al ver que la baronesa se turbaba, recobró él su aplomo.

La dama le miró un momento, y Marsac sintió, á pesar de la obscuridad cada vez más densa, que aquella mirada era penetrante y escrutadora.

- ¿Ha visto

usted al barón?, preguntó la señora con voz apagada.

- Sí, señora; esta mañana.

- ¿Le ha encargado algún mensaje para mí?

- No es eso precisamente... Lo que tengo que decir á usted es asunto muy delicado; y si me interroga así, no podré jamás...

Se levantó irguiendo su alta estatura, y con gesto noble que dejó ver la esbeltez de su talle, fué hacia la chimenea y llamó.

Apareció un criado trayendo luces; puso una sobre la chimenea y otra en el extremo del saloncito, que quedó iluminado.

La baronesa se sentó de modo que la luz diera de lleno en su rostro, é indicó á Marsac un sillón enfrente de ella.

- En todas ocasiones la claridad es buena, dijo. ¡Hable usted!

Marsac no pudo reprimir un movimiento de admiración viéndola tan valiente y, ¿por qué no decirlo?, tan bella.

La dama leyó aquella admiración en su rostro y sonrió, porque tenía conciencia de su impercedera belleza y no desdenaba tal homenaje; pero su angustia pudo más y la sonrisa se extinguió prontamente. Un imperceptible movimiento de impaciencia marcó todavía más aquella angustia y Silvino no se atrevió á retroceder.

- ¿La señorita Gilberta cumplirá diez y ocho años este verano, si no ando equivocado?, preguntó.

La baronesa hizo un gesto afirmativo, sin dejar de mirarle.

- ¿Sin duda habrá pensado usted en retirarla del convento una vez terminados sus estudios?, prosiguió.

La dama afirmó nuevamente con el ademán.

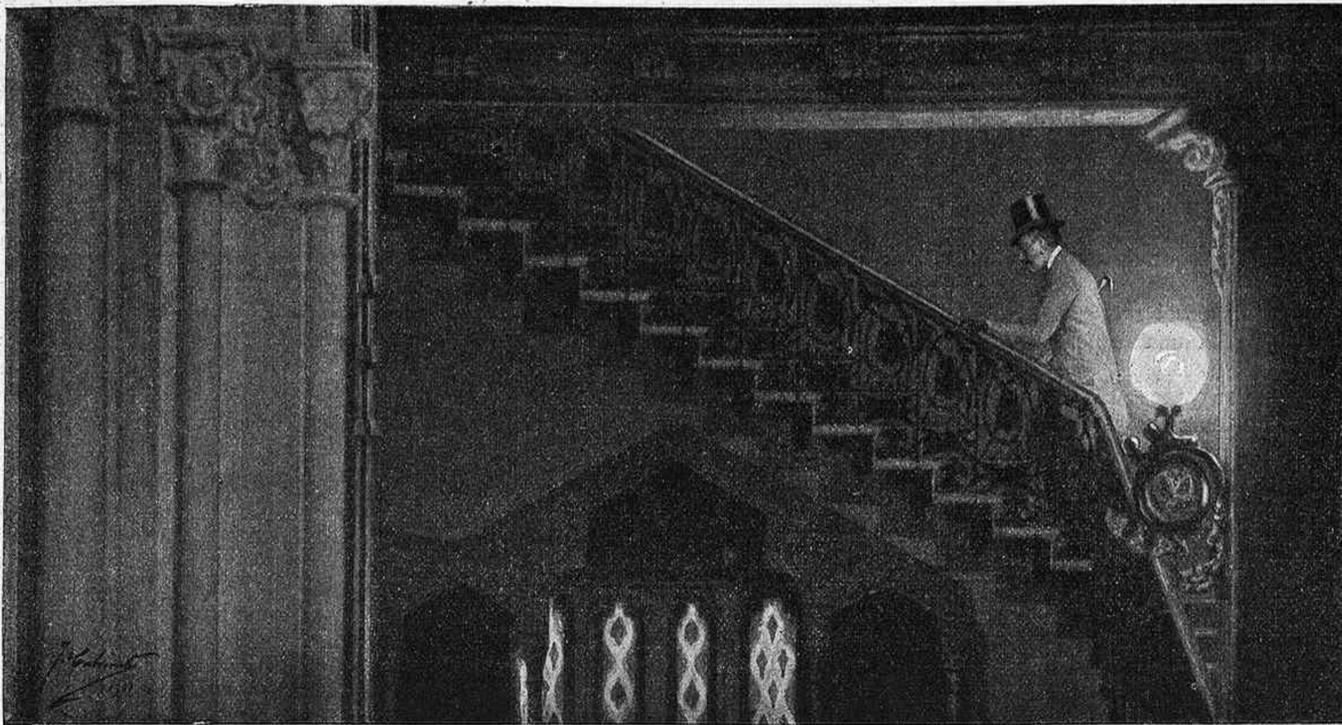
- Permítame usted que le haga una nueva pregunta: ¿Piensa usted traerla á su lado al sacarla del convento?

- Naturalmente.

- ¿Y presentarla en sociedad?

Las facciones de la baronesa se contrajeron con angustia.

- Ya sabe usted, contestó, cuán reducidas son mis relaciones. Algunas amigas de mi madre que, á pesar de todo, no me han abandonado; algunas amigas propias, que no me desprecian, y unos pocos ancianos. Usted es el único joven entre todos.



¿Es que aquella escalera, cubierta de obscuro tapiz, le parecía más pesada que otras veces?

versos modernos, de donde se exhalaba el grito de un alma asaltada por la duda. Sorprendióle aquel libro y miró á la baronesa, reflejándose tan bien su admiración en su mirada, que ella le dijo:

- ¿Eso le admira á usted? Pero perdone. Apenas alcanzo á verle. ¿Quiere usted llamar para que traigan luces?

- Todavía no, contestó Silvino. Si le es á usted



Lo que tengo que decir á usted es asunto muy delicado

— ¿Con mis cabellos grises?, replicó Silvino riendo nerviosamente.

— Su cabello gris resulta negro al lado de las canas. Y por otra parte, amigo mío, que quiera ó no, es usted joven de corazón y de años, y es el único hombre joven que penetra aquí.

— Hace diez años que me ha honrado usted con su confianza...

— Diga con mi amistad y acierta. Pues bien, amigo mío, este es el mundo que conocerá mi hija.

— ¿Y donde piensa usted también hallarle marido? La baronesa lanzó una mirada casi cruel á Marsac.

— ¿Por qué me pregunta usted eso?, dijo con tono imperioso. Sabe usted perfectamente que no puedo..., que no puedo presentarla en otros círculos ni casarla en otra parte, quizá ni casarla de ninguna manera.

Un suspiro de impaciencia terminó su pensamiento.

— Señora, repuso Silvino, no me crea usted indiscreto; se lo suplico. Si supiese usted cuán difícil y casi imposible es lo que tengo que decirle, me compadecería.

La dama trató de leer en aquel rostro impasible, pero en vano; sólo expresaba una respetuosa simpatía.

— ¿La señorita Gilberta se parece á usted? Ya sabe usted, añadió, que no he tenido el honor de verla nunca.

— No. Mejor se parece á su padre.

Silvino guardó silencio durante un momento. La baronesa le miraba con una especie de ansiedad.

— ¿Es morena?, preguntó.

— No; rubia. He dicho que no se me parecía. Mi hijo es el que se parece á mí.

Y un suspiro se escapó de su pecho. Casi fué un sollozo.

— ¿Ha visto usted á mi hijo, verdad? continuó con acento apasionado. ¿Está bueno? Es guapo, ¿verdad?

— Sí, señora. Le vi el otro día en casa del barón, de gran uniforme. Tenía una apostura, un aire noble... Tiene usted razón, señora, se parece á usted.

Es uno de los hombres más guapos de París.

De repente, con gran sorpresa de Marsac, la baronesa ocultó su rostro entre las manos y quedó inmóvil. Cuando levantó la cabeza, Marsac advirtió que lloraba.

— ¡Me aborrece, Marsac, dígame usted la verdad! Ya lo sé; su odio es tan profundo que no puede ocultarlo. Tenía diez y siete años cuando trató de matar..., sí, de matar... al hombre á quien yo amaba. Usted no sabe eso... Me conoció usted después..., cuando... quedé viuda de Tinsay.

— Sí, cuando sus desgracias atraían hacia usted todas las simpatías y la mía sobre todo...

— Sí, usted es un poco D. Quijote... Diga más bien cuando era la comidilla y el escándalo de París entero. ¡Oh! ¡Ya lo sé! Los diarios han hablado de mí. Dijeron que la baronesa de Grandpré había quedado viuda de su amante Héctor de Tinsay. Era muy gracioso esto. ¡Y, sin embargo, yo no había hecho daño á nadie!

Y diciendo aquellas palabras, enjugaba sus labios con un pañuelo como para borrar la hiel que en ellos había quedado.

— Bien hizo en morir mi amigo; mi hijo le hubiera matado. Una vez le erró. Otra le apuntaría mejor. Yo no me atreva á dejarle salir solo. Me decía á mí misma que viendo á su madre entre él y el objeto de su odio no se atrevería á disparar contra él...

¡Oh, Dios mío! ¡He visto todo eso y vivo aún!

La baronesa enjugó su frente y sus ojos con gesto desesperado.

— ¿Qué ha venido usted á decirme? Porque hoy antes que amigo es usted un mensajero, un abogado, quizá un juez. ¡Vaya, hable usted! ¿Qué puede decirme, más horrible que lo que ya he oído? ¿Viene usted de parte de mi hijo? Eso me conmoviera... Por lo que hace á los demás...

Su gesto probaba que la desgracia había pasado sobre aquella mujer sin abatirla, sin doblegarla quizá; todavía tenía fuerzas para la lucha.

Marsac cobró nuevo valor; después de lo que acababa de oír, su cometido, por muy delicado que fuera, no resultaba imposible.

— Vengo á hablar á usted de su hija. La señorita Gilberta tiene diez y ocho años; es hermosa y buena; tiene derecho á ser feliz y es preciso que lo sea... Estoy seguro de que no retrocederá usted ante ningún sacrificio, por penoso que sea, para asegurar su dicha.

— ¡Me causa usted espanto!, dijo la baronesa en voz baja mirándole fijamente.

— Tranquilícese, señora, se lo ruego. Decía á usted hace un momento que esta mañana he visto á su esposo, y sabiendo él la respetuosa amistad que la

profeso y lo que me intereso por usted, me ha hablado de sus planes y de usted, señora. Sabe también que me honra usted con su confianza, y esto basta para que pueda ahora permitirme hablarle del proyecto que he venido á someter á su atención.

La señora de Grandpré continuaba mirando á Silvino con la misma expresión en que se mezclaban la desconfianza y el valor. Silvino hubiese dado un mundo por no hablar; pero no tenía más remedio que hacerlo, ya que á ello se comprometiera, y así lo hizo, pesando cada palabra, vigilando su lengua, temiendo una torpeza de sus labios ó una debilidad de su mente que, ajando á aquella mujer, la pusiera en el trance de arrojarle para siempre de su presencia.

— Me ha dicho usted que la señorita Gilberta es rubia como el barón..., que se le parece... ¿El barón cree que no la ha visto desde que entró en el convento?

La baronesa hizo lentamente un gesto negativo.

— No la ha visto, dijo, desde que me la llevé al dejar mi casa.

— ¿Sabe usted por qué?

— Supongo que la detesta porque yo la amo, contestó después de breve pausa.

— ¿No imagina usted otra razón?

La baronesa se levantó con gesto brusco; Marsac la imitó, y ambos se miraron estremeciéndose, ella de cólera, él por el temor de haberla ofendido.

— Hable usted francamente, dijo con voz contenida, en la que vibraba una indecible amargura: el barón le ha encargado que me preguntara si mi hija le pertenecía por lazo de sangre, ¿no es eso?

Marsac se inclinó respetuosamente sin contestar; luego levantó la cabeza buscando la mirada de la baronesa.

Esta le contemplaba fríamente, pero sin indignación. La oleada roja que subiera á su rostro se disipaba poco á poco, y aquellas facciones hermosas y severas volvían á su palidez de ámbar.

— No merezco ese insulto, dijo. Mi sola virtud ha sido siempre la franqueza. Ella debiera garantirme contra sospechas odiosas. Esa franqueza bien sabe usted que la tuve, cuando abandoné la casa de mi marido desde el momento en que comprendí que mi estancia en ella era incompatible con el amor que sentía por otro hombre. Por haberla tenido, perdí la estimación del mundo, mi posición social.

Y con un gesto de desprecio cayó nuevamente en su silla. Marsac se aproximó respetuosamente y besó la mano de la dama, incliniéndose tanto que parecía estar arrodillado.

— Perdóneme usted, dijo. Yo no lo había dudado jamás. Pero el barón, que me ha confiado un mensaje de paz — puede usted creerlo — desea su palabra de usted para disipar una incertidumbre que hubiese sido obstáculo eterno para la realización de sus propósitos. Desea, y no puede usted negarse á ello, que la señorita Gilberta vuelva al domicilio paternal para ser querida como nunca ha dejado de serlo.

— ¿Gilberta en casa de su padre? ¿Quiere separarla de mí?

— No, señora: su esposo no tiene sino un deseo, y es verla volver pronto con ella.

La baronesa quedó inmóvil, dijérase que no había oído. Un río de lágrimas, contenido durante muchos años, subía arrebatado de su corazón á sus ojos, trayendo en su raudal amargo un mundo de recuerdos, de impresiones ahogadas, de tristezas perennes que resurgía con la ferocidad de implacables recuerdos.

Se serenó al cabo venciendo su emoción como había dominado su cólera, y habló con voz ligeramente velada, único signo de su interior agitación.

— ¿Mi marido desea que yo vuelva á su casa junto con Gilberta á fin de que ésta pueda frecuentar la sociedad, divertirse y casarse? ¿Ha pensado en mi situación respecto á esa sociedad? Una mujer que hace ya más de diez y siete años que abandonó el domicilio conyugal; que ha vivido doce años con un amante, y que por él lleva un luto que no se quitará jamás, ¿puede volver á casa de su marido sin provocar un escándalo quizá mayor que el que produjo su salida?

— El barón cree que sí, y si me lo permite usted, le diré que lo creo yo también. El mundo no es tan cruel... ¡Perdón!, dijo viendo que la baronesa le miraba orgullosamente. El mundo es más olvidadizo de lo que usted cree; muchas personas no recuerdan nada de esa historia; la mayor parte creen á usted separada del Sr. de Grandpré por fútiles motivos; y luego... la causa que ha inducido al barón á proponer lo que le he dicho es tan noble, que bien puede por ella desdeñar alguna mortificación personal. ¡Se trata del porvenir y de la dicha de su hija!

— Hace usted bien en hablarme de ella, Marsac; si no fuera por eso no le dejaría ni siquiera iniciar

este asunto. ¿Sabe usted por qué he cometido lo que se llama una falta, lo que ha sido quizá el acto más valeroso de mi vida? ¿No? ¿El barón no le ha contado esta historia? Voy á explicársela á usted. Siéntese y escúcheme.

La baronesa parecía ahora muy tranquila. Hablaba con una especie de melancolía altanera que apartaba muy lejos y volvía á hundir en lo pasado los punzantes recuerdos que había evocado.

— «Me había casado hacía doce años, dijo; mi hijo Pablo tenía diez cuando encontré el Sr. de Tinsay. No quiero hablar á usted de él porque no le ha conocido y no me comprendería si le dijese que era la personificación de la elegancia y del talento... Estas cosas no pueden explicarse...

»Algunos días después de nuestro primer encuentro, advertí que desde hacía mucho tiempo ya no amaba al Sr. de Grandpré. Le había amado sinceramente, como se ama á un marido cuando se tienen diez y ocho años y se es honrada. A decir verdad, nunca había acertado á comprender su carácter; pero parecía amarme.»

— La amaba, en efecto, interrumpió Marsac en voz baja.

— «Es posible. Hasta entonces había vivido muy tranquila y me creía dichosa, cuando advertí la indiferencia que sentía por el Sr. de Grandpré. Luego conocí que el Sr. de Tinsay me amaba y supe al fin que yo le quería también. ¡Ah, no sin remordimientos y sin combates se arraiga en el corazón de una mujer honrada una pasión exclusiva y avasalladora!

Durante mucho tiempo resistí victoriosamente las sugerencias de mi naturaleza; dominé los impulsos de mi corazón; pero al cabo, la misteriosa fuerza que hacia aquel hombre me atraía, venció mi resistencia y amé con todas mis fuerzas. Sentía por el señor de Tinsay un amor exclusivo y absoluto; una de esas pasiones que deciden de una existencia y la marcan para siempre con un indeleble sello. Creo que los esfuerzos que hice para resistir sólo sirvieron para acrecentar mi amor.

»Nada nos habíamos dicho, sin embargo. Cada uno por nuestra parte empleábamos toda nuestra energía en ocultar aquel amor, y creo que jamás nos lo hubiésemos confesado... ¡No se sonría usted, Marsac! Hay personas que ocultan esas cosas aun cuando les cueste la vida.

»Pero quiso el destino que precisamente por aquella época mi marido tuviera algo así como un despertar de la pasión que yo le inspirara años antes y me asediara continuamente con pruebas de amor que me eran entonces por todo extremo odiosas.»

— ¡Sufría!, dijo suavemente Marsac.

La baronesa bajó los ojos como para mirar al fondo de su conciencia, y con voz más breve continuó como bajo el imperio de una creciente fiebre:

— «Aquello me hizo sufrir de un modo cruel. Amaba á otro, le amaba locamente, sin alegría, sin esperanza, con todo el horror que me inspiraba mi envilecimiento moral... Dudo que jamás haya usted oído ni deba oír una confidencia parecida. Escuche usted, pues, esta.

»Si mi marido hubiese sido indiferente, jamás faltaría á mis deberes; pero la ternura extremada del señor Grandpré me enloquecía; todo en él me era odioso, ¡él sobre todo! Soportaba, sin embargo, mi miserable condición, confortada por mi virtud — pues crea usted que era virtuosa. — Entonces acaeció una desgracia... Esa desgracia fué Gilberta.

»¡No! Jamás podrá usted comprender el martirio que padece una mujer ardientemente enamorada de un hombre, con el cual cree que no puede pensar siquiera, cuando se ve expuesta á sus ojos á pasar por el ridículo de una próxima maternidad. Aquello era para mí una cosa espantosa, algo así como una profanación de mi persona. Tuve ganas de morir, y me hubiese matado á no pensar que no tenía derecho á matar al mismo tiempo que yo sucumbía al inocente ser cuya existencia me causaba tal vergüenza. Gilberta vino al mundo, y luego de su nacimiento vi que nada había cambiado; que era amada como siempre por el hombre que se había convertido en mi ídolo... Cuando vi de nuevo al Sr. de Tinsay, me pareció que el cielo se abría otra vez para mí.

»Volvía de casa de mi madre, donde había pasado el otoño para convalecer, y me encontraba en una situación de espíritu muy extraña: me parecía que todo el pasado se había borrado de repente de mi memoria. Exceptuando mis hijos, que me eran más caros que todo — sí, más que mi amor, — todo lo demás me parecía desprovisto de interés. Quería empezar una vida nueva, consagrarme á mi hija, á mi Gilberta, que me inspiraba remordimientos, pues me reprochaba el no haberla amado antes como debía. Mi marido llegó entonces, después de una au-

— ¿Sabe usted por qué he cometido lo que se llama una falta, lo que ha sido quizá el acto más valeroso de mi vida? ¿No? ¿El barón no le ha contado esta historia? Voy á explicársela á usted. Siéntese y escúcheme.

La baronesa parecía ahora muy tranquila. Hablaba con una especie de melancolía altanera que apartaba muy lejos y volvía á hundir en lo pasado los punzantes recuerdos que había evocado.

— «Me había casado hacía doce años, dijo; mi hijo Pablo tenía diez cuando encontré el Sr. de Tinsay. No quiero hablar á usted de él porque no le ha conocido y no me comprendería si le dijese que era la personificación de la elegancia y del talento... Estas cosas no pueden explicarse...

»Algunos días después de nuestro primer encuentro, advertí que desde hacía mucho tiempo ya no amaba al Sr. de Grandpré. Le había amado sinceramente, como se ama á un marido cuando se tienen diez y ocho años y se es honrada. A decir verdad, nunca había acertado á comprender su carácter; pero parecía amarme.»

— La amaba, en efecto, interrumpió Marsac en voz baja.

— «Es posible. Hasta entonces había vivido muy tranquila y me creía dichosa, cuando advertí la indiferencia que sentía por el Sr. de Grandpré. Luego conocí que el Sr. de Tinsay me amaba y supe al fin que yo le quería también. ¡Ah, no sin remordimientos y sin combates se arraiga en el corazón de una mujer honrada una pasión exclusiva y avasalladora!

Durante mucho tiempo resistí victoriosamente las sugerencias de mi naturaleza; dominé los impulsos de mi corazón; pero al cabo, la misteriosa fuerza que hacia aquel hombre me atraía, venció mi resistencia y amé con todas mis fuerzas. Sentía por el señor de Tinsay un amor exclusivo y absoluto; una de esas pasiones que deciden de una existencia y la marcan para siempre con un indeleble sello. Creo que los esfuerzos que hice para resistir sólo sirvieron para acrecentar mi amor.

»Nada nos habíamos dicho, sin embargo. Cada uno por nuestra parte empleábamos toda nuestra energía en ocultar aquel amor, y creo que jamás nos lo hubiésemos confesado... ¡No se sonría usted, Marsac! Hay personas que ocultan esas cosas aun cuando les cueste la vida.

»Pero quiso el destino que precisamente por aquella época mi marido tuviera algo así como un despertar de la pasión que yo le inspirara años antes y me asediara continuamente con pruebas de amor que me eran entonces por todo extremo odiosas.»

— ¡Sufría!, dijo suavemente Marsac.

La baronesa bajó los ojos como para mirar al fondo de su conciencia, y con voz más breve continuó como bajo el imperio de una creciente fiebre:

— «Aquello me hizo sufrir de un modo cruel. Amaba á otro, le amaba locamente, sin alegría, sin esperanza, con todo el horror que me inspiraba mi envilecimiento moral... Dudo que jamás haya usted oído ni deba oír una confidencia parecida. Escuche usted, pues, esta.

»Si mi marido hubiese sido indiferente, jamás faltaría á mis deberes; pero la ternura extremada del señor Grandpré me enloquecía; todo en él me era odioso, ¡él sobre todo! Soportaba, sin embargo, mi miserable condición, confortada por mi virtud — pues crea usted que era virtuosa. — Entonces acaeció una desgracia... Esa desgracia fué Gilberta.

»¡No! Jamás podrá usted comprender el martirio que padece una mujer ardientemente enamorada de un hombre, con el cual cree que no puede pensar siquiera, cuando se ve expuesta á sus ojos á pasar por el ridículo de una próxima maternidad. Aquello era para mí una cosa espantosa, algo así como una profanación de mi persona. Tuve ganas de morir, y me hubiese matado á no pensar que no tenía derecho á matar al mismo tiempo que yo sucumbía al inocente ser cuya existencia me causaba tal vergüenza. Gilberta vino al mundo, y luego de su nacimiento vi que nada había cambiado; que era amada como siempre por el hombre que se había convertido en mi ídolo... Cuando vi de nuevo al Sr. de Tinsay, me pareció que el cielo se abría otra vez para mí.

Volvía de casa de mi madre, donde había pasado el otoño para convalecer, y me encontraba en una situación de espíritu muy extraña: me parecía que todo el pasado se había borrado de repente de mi memoria. Exceptuando mis hijos, que me eran más caros que todo — sí, más que mi amor, — todo lo demás me parecía desprovisto de interés. Quería empezar una vida nueva, consagrarme á mi hija, á mi Gilberta, que me inspiraba remordimientos, pues me reprochaba el no haberla amado antes como debía. Mi marido llegó entonces, después de una au-

sencia de muchos meses... ¿Quiere usted que se lo confiese? Su presencia me recordó cuanto quería olvidar: me amaba más que nunca, y yo tuve miedo de aborrecerle, á pesar mío, hasta el crimen. Me sentía incapaz de padecer de nuevo las torturas de los dos años que acababan de transcurrir. A ojos vistas iba enflaqueciendo y las ganas de morir me asaltaban

hacia un rato, estaban ahora bañados de inefable dulzura.

— Es usted un verdadero amigo, Marsac, dijo á media voz, como si hablara consigo misma. Desde hace años siempre le he conocido de la propia manera y su desinterés me ha conmovido muchas veces. ¿Por qué me quiere usted de esta manera? A

la mirada en un ángulo obscuro donde veía quizá pasar la imagen de la infancia de Gilberta, privada de su padre, siempre ausente, y careciendo de las caricias de su madre, que por entero se hallaba absorbida por una pasión avasalladora.

— Se lo diré, contestó Marsac; gracias.

Salió; la baronesa quedó sentada junto al fuego,



Cerró la puerta de la habitación para estar sola con el muerto, cayó junto al lecho y exclamó:

con más fuerza que nunca. De Tinsay habló al cabo. No tuve ni por un momento la intención de ocultar una falta que conocí que era irremediable; y en lugar de mentir, de engañar, de deshonrarme ante mis propios ojos y á los de aquellos dos hombres, de los cuales respetaba á uno y amaba al otro..., me marché valientemente..., abandonando á mis hijos, ¡oh, Dios! Obré mal, sí; pero bien castigada estoy.»

La baronesa había hablado de un tirón, febrilmente, con acento contenido; sus manos estaban heladas; las alargó hacia el hogar para calentarlas y Marsac vió que temblaban. Aquello sólo duró un momento; se serenó y volvió á adquirir imperio sobre sí misma.

— He aquí mi historia, dijo; no trato de atenuar mis culpas, ya lo ve usted. Sólo traté de escapar á un suplicio insostenible. Mi madre se quedó con Gilberta; Pablo entró en el liceo; mi marido se ha portado bien, muy bien; pero no debiera haber dudado ni por un instante acerca de Gilberta. Había pagado demasiado caro el nacimiento de la pobre niña para que pudiera dudarse de mi buena fe.

— Es preciso perdonarle, repuso Marsac, conmovido á su vez; usted sufrió indudablemente; pero el barón experimentó también sinsabores muy dolorosos, pues la amaba á usted.

— Es verdad, me amaba, dijo la baronesa mirando los tizones que se iban convirtiendo en ardientes brasas.

— Por lo que usted sufrió por su amor contrariado, puede juzgar lo que él debió padecer cuando usted le abandonó.

— No hablemos más de eso, dijo la señora de Grandpré con un gesto de impaciencia. ¿Mi marido quiere que vuelva á su casa? Sea. Consiento en ello; pero con una condición: no se dirá una palabra de lo pasado; viviremos como gente bien educada que decide habitar bajo el mismo techo y nada más. Cuando Gilberta esté casada, yo recobraré mi libertad. Si el barón acepta estas proposiciones, yo aceptaré las suyas.

— El barón no ha impuesto condiciones, y estoy seguro que no quiere contrariar á usted en nada, respondió Silvino. Estamos á fines de abril; la señorita Gilberta saldrá del convento á fines de julio; tiene usted, pues, tres meses para prepararse á volver al seno de su familia.

La baronesa parecía no oír; apoyada en la chimenea, miraba las llamas azules vacilar y correr sobre las brasas.

Levantó la cabeza y fijó sobre Silvino sus dos ojos sombríos, magníficos, cuyo brillo el tiempo no había apagado; aquellos ojos, duros y penetrantes

menudo soy dura para conmigo y para con los demás.

Se detuvo, y después de bajar durante unos momentos la cabeza como para sondear el fondo de su alma, continuó con voz apenas perceptible:

— Me he dicho muchas veces que hubiera hecho bien en morir... ¿Es por cobardía por lo que he vivido? ¡No! Los padecimientos que he sufrido después de la muerte de aquel que para mí lo era todo, son peores que cualquiera muerte. ¡No sé por qué no he sabido morirme!

— Gilberta..., dijo cariñosamente Marsac.

— ¿Gilberta? No lo creo... Era algo más indeciso. ¿Sabe nadie por qué se vive cuando la muerte es una solución tan cómoda? He vivido á pesar de las humillaciones, Marsac. Ya puede usted imaginar de qué manera han tratado de humillarme.

Y al decir esto levantaba la cabeza con ademán de reto, desafiando todavía al mundo, á pesar del peso de la injuria recibida.

— He bebido la hiel hasta las heces, dijo la dama; ni una ofensa por muy ligera que pudiera ser, ni un insulto por muy disimulado que fuera me han sido indiferentes: ¡todo ha quedado aquí!

Y con su dedo rígido señaló el corazón.

— Todo se ha grabado en él con trazos indelebiles; los años han pasado trayendo á los demás el desdén ó el olvido de mi persona... Yo, nada he olvidado. Después de quince años, veo aún la sonrisa burlona de tal ó cual mujer; recuerdo un saludo que no me fué contestado, un rostro que se volvió..., mis amigas que no se atreven á venir á verme y mis enemigas triunfantes; todo, en fin, ¡Dios lo sepa, pues nadie ha sabido jamás una palabra de mi vida en tanto que él vivió... ¡Ah, sí, he sufrido las humillaciones! Y á pesar de eso, ¡míreme usted, Marsac!, estoy destrozada, pero no me siento vencida.

En efecto, no tenía la apariencia de una mujer vencida; temblorosa de indignación, hacía cara al mundo, al que consideraba como su enemigo, dispuesta á batallar con él.

— Así se debe ser, dijo Marsac levantándose para marchar. El barón no quiere otra cosa; su dignidad y la de usted exigen que sea usted respetada en la casa. Voy á darle la buena noticia, y estoy seguro que la recibirá contento.

La baronesa dió dos pasos hacia él.

— Dígame usted de mi parte, que estoy contenta por Gilberta de que haya tenido tal idea; á mí no se me habría ocurrido, y sin embargo, conozco que es el único medio de no cometer una injusticia cruel hacia la pobre niña... ¡Oh, sí, pobre niña!

Repitió aquella palabra todavía otra vez, perdida

ligeramente inclinada como para ver más de cerca algún objeto lejano... Lo que así trataba de ver era su vida.

## II

La señora de Grandpré había dicho la verdad á Marsac; la franqueza había sido siempre la nota dominante de aquella existencia, trastornada por una de esas pasiones avasalladoras que, semejantes á los ciclones, derriban todo obstáculo que se las interponga y lo destruyen.

Héctor de Tinsay había sido, efectivamente, uno de los hombres más seductores de su época. Hijo de una esmirniota, educado en Grecia hasta la edad de quince años, poseía al mismo tiempo la belleza y la gracia; un alma delicada y sensible completaba su encanto. No cabe ninguna duda que por su lado experimentó remordimientos pensando que había llevado la desolación al seno de la familia de una mujer por la cual hubiera muerto con gusto; pero cuando hubieron decidido huir juntos, sólo se cuidó de consolarla. Había hecho por adelantado el sacrificio de su vida, y extrañó que el marido ofendido no se la exigiera. Con un desinterés casi fatalista, se hubiese dejado matar, ofreciendo su muerte como expiación á una especie de Némesis cristiana, abrigando la esperanza de que la terrible divinidad se contentaría con una víctima y de que su querida Marta encontraría luego paz y perdón.

Aquel heroísmo poco mundano, fruto quimérico de una juventud pasada fuera del ambiente de París, no se pudo manifestar. El barón no había pensado en perseguir á los fugitivos, ni siquiera en vengar su honor. Cuando, después de haber viajado mucho tiempo, los amantes volvieron á París, pareció que aquello le era indiferente. Esa indiferencia hirió la sensibilidad de Tinsay, porque se parecía mucho al desdén; sin embargo, guardó el secreto de su humillación. Poco tiempo después tuvo que sufrir otra prueba terrible é inesperada.

Volviendo un día á su casa á pie, á la caída de la tarde, divisó cerca de la puerta la silueta de un joven que parecía aguardarle. Aunque sólo le conociera de niño, Tinsay le reconoció en seguida. Era Pablo, el hijo abandonado de la mujer adúltera. Dolorosamente impresionado, Héctor iba á retroceder para evitar el encuentro; pero pálido por la emoción, el joven avanzaba ya hacia él.

— Mi padre no ha querido matar á usted, caballero, dijo; yo no seré tan clemente.

Y disparó sobre él.

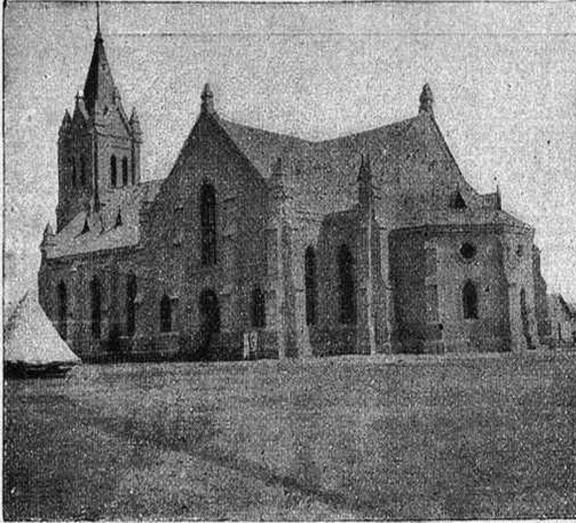
(Continuará)

GUERRA ANGLO BOER

Ocioso parece describir los grabados que en esta página publicamos y que reproducen escenas y episodios de la guerra anglo-boer; hemos expuesto tantas veces en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nuestras

Sabido es el régimen deplorable de estos campamentos, en donde los invasores ingleses han amontonado á más de cien mil personas y que la intemperie, la insalubridad y las privaciones han convertido en otros tantos focos permanentes de mortíferas enfermedades. Hace poco, el jonkheer Sandberg,

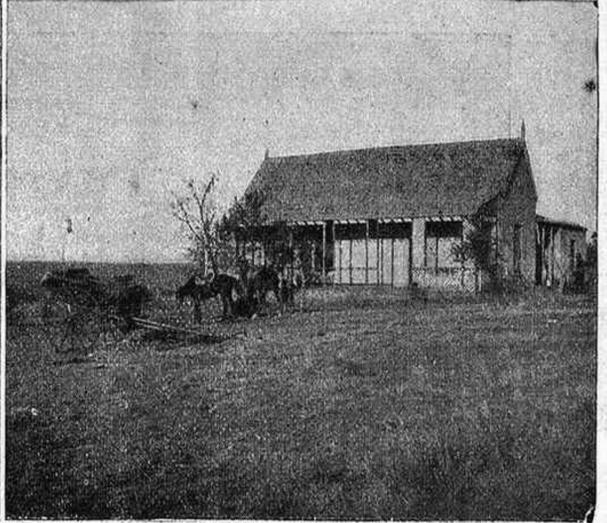
de Fauqueux y la vicepresidencia de la señora condesa de Sesmaisons, y ha entrado inmediatamente en acción abriendo un camino nuevo y tal vez más directo hacia el fin que se proponía ya otra obra francesa anterior, *El sueldo de los boers*. Solicita donativos en dinero ó en objetos, que recibe en sus



Iglesia de Rustenberg utilizada como hospital



Enfermeras del hospital Novitgedacht

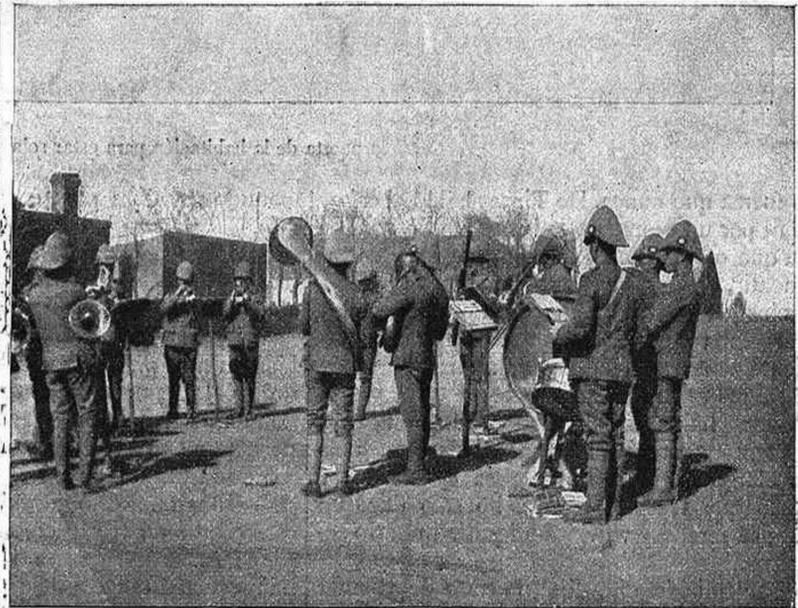


Hospital boer en Novitgedacht

opiniones acerca de aquella lucha, que necesariamente habríamos de incurrir en repeticiones. Tampoco creemos necesario dar noticias del curso de la contienda anglo-boer, porque siendo esta una cuestión á la que la prensa de todo el mundo dedica atención preferente, nuestros lectores y el público

edecán del general Botha, dió en el teatro del Châtelet una de sus interesantes conferencias documentadas sobre tan interesante asunto, y por otra parte, un testigo poco sospechoso, la inglesa miss Emily Hon Hobhouse, ha publicado acerca de este particular algunos detalles de una precisión desconso-

oficinas (rue de Grenella, 122) y se encarga de su expedición, distribuye boletines de suscripción, organiza peticiones para que sean disueltos los campos de concentrados, crea secciones en provincias y realiza, en una palabra, una entusiasta campaña de propaganda.



Boers escuchando la música de una banda militar inglesa en Volksrust, en la frontera Norte del Natal

en general seguirán sin duda día por día la marcha de los acontecimientos.

Por estas razones entendemos preferible dedicar algunas líneas á una obra filantrópica iniciada en París, que de seguro se conquistará las simpatías del mundo entero. Nos referimos al comité que aca-

ladora. Finalmente, por si alguien pudiese dudar de la veracidad de esta escritora, la brutal elocuencia de los números bastaría para demostrar la gravedad del mal: en efecto, según las estadísticas oficiales inglesas, de 117.000 concentrados han muerto 14.393, cifra que se divide en 2.893 adultos y 11.500 niños!

La señora de Fauqueux y sus celosas colaboradoras dirigieron al presidente Kruger una carta tan conmovedora dándole cuenta de la empresa que habían acometido, que el venerable anciano se ha creído en el deber de contestar, por vía de excepción, personalmente á las firmantes del mensaje



Paso de un vado por una diligencia



Paso de un río por una diligencia



Diligencia atravesando el río Cocodrilo

ba de formarse en aquella capital y que ha adoptado como lema y como llamamiento el título sugestivo de «La vida á los niños boers.»

El objeto que se propone tan laudable institución es socorrer á las mujeres y á los niños boers encerrados en los campos de concentración.

El comité que nos ocupa y que se propone atenuar las crueles consecuencias de la guerra, se constituyó el día 15 de diciembre último bajo la presidencia de honor de la Sra. de Villebois-Mareuil, hermana política del coronel que murió heroicamente en el Transvaal, y bajo la presidencia efectiva de la señora

manifestándoles su simpatía y su agradecimiento. Su respuesta termina con la cita apropiada de un versículo de la Biblia: el ideal religioso, en el cual tiene puesta una fe inquebrantable, es para él un manantial de fuerza y de esperanza en medio de las duras pruebas á que se ve sometido. - X.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN  
POR AUTORES Ó EDITORES

ALBUM PROGRAMA DE ELEMENTOS DE DIBUJO LINEAL, por *Eduardo Lafont*. Editado en Barcelona por el establecimiento «Arte y Ciencias.» Precio, tres pesetas.

CRÓNICA DE LA FIESTA DEL ÁRBOL DE 1900 Á 1901. - Folleto impreso en la Casa Provincial de Caridad de Barcelona.

JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN LA VILLA DE OROTAVA. - Folleto impreso en la tipografía de Benítez, de Tenerife.

LAS AFINIDADES ELECTIVAS, por *Juan Wolfgang Goethe*. - Novela de más de 300 páginas, editada por Rodríguez Serra, de Madrid. Precio, tres pesetas.

LA BESTIA, por *Ubaldo Romero Quiñones*. - Novela social de más de 300 páginas, impresa en la tipografía de Enrique Burgos, de Guadalajara. Precio, dos pesetas.

EL AGUA TERMO-MINERAL DEL VICHY CATALÁN Y SUS APLICACIONES TERAPÉUTICAS, por el *Dr. José Gelabert*. - Memoria premiada por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona. Folleto impreso en la tipografía barcelonesa de Luis Tasso.

EL DOCTOR SERAPIO REYES, por *B. Saavedra*. - Folleto impreso en la tipografía Artística, de La Paz (Bolivia).

VIDA DE FRANKLIN, por *Francisco Valdés Vergara*. - Un tomo publicado en Valparaíso.

HISTORIA DE CHILE, por *Francisco Valdés Vergara*, con ilustraciones del Sr. Córdova. - Impreso en la tipografía de Balva y compañía, de Valparaíso.

HISTORIA DE ESPAÑA Y DE LA CIVILIZACIÓN ESPAÑOLA, (tomo II) por *D. Rafael Altamira*, catedrático de la Universidad de Oviedo. - Editado en Barcelona por D. Juan Gili y Roig.

ECÓNOMÍA, por *Adolfo Buyla*. - Un tomo de 168 páginas que forma parte de la colección de Manuales Enciclopédicos, editada por D. Juan Gili, de Barcelona.

IDEAS Y SENTIMIENTOS, por *Mary Faith*. - Colección de artículos que forman un tomo de más de 100 páginas, impreso en Cartagena (Colombia) en la tipografía de Araújo.

MANUAL AL ALCANCE DE TODOS PARA FABRICAR OBJETOS DE ESCRITORIO, por *Juan Müller*. - Folleto de 50 páginas impreso en Barcelona y publicado por Victoriano Suárez, de Madrid. Precio, 1'25 pesetas.

EL CABALLERO DE CASARROJA, por *Alejandro Dumas* (padre), traducción de *Enrique Leopoldo de Verneuil*. - Novela en dos tomos publicada por D. Luis Tasso, en Barcelona. Precio, una peseta tomo.

IVÁN EL IMBÉCIL, por el conde *León Tolstoy*, traducción de *Ll. Chaves de Guisa*. - Colección de artículos que forma un tomo de cerca de 250 páginas, editado en Barcelona por Lezcano y C.ª Precio, una peseta.

LA RELIQUIA, por *Eça de Queiroz*, traducción de *C. Bargieta y F. Villaespesa*. - Novela en un tomo de 278 páginas, editada en Barcelona por Lezcano y C.ª Precio, una peseta.

LA MUJER DE TODO EL MUNDO, por *Alejandro Sawa*. - Novela en un tomo de 243 páginas, editada en Barcelona por Lezcano y C.ª Precio, una peseta.

POESÍAS ESCOGIDAS, de *Sor Juana Inés de la Cruz*, precedidas de su biografía, notas bibliográficas y juicios críticos de escritores españoles y americanos. Un tomo de 222 páginas, impreso en Barcelona y publicado por Victoriano Suárez, de Madrid. Precio, cuatro pesetas.

LECCIONES PRÁCTICAS PARA LA FABRICACIÓN DE VINOS NATURALES, por *J. M. Marpons*. - Folleto impreso en la tipografía la Sud-Americana, de Montevideo.

LA TRILOGÍA «LOS PIRINEOS» Y LA CRÍTICA. - Un tomo de más de 300 páginas, impreso en Villanueva y Geltrú, por Juan Oliva y Milá. Edición de 500 ejemplares, cien numerados.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas sueltas, *Revista Comercial Hispano-Americana*, *La Medicina Científica en España*, *La Harmonía*, *El coleccionista de tarjetas postales*, *España Cartófila*, de Barcelona; *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, de Villanueva y Geltrú; *La Lectura*, *Revista Contemporánea*, *La Patria de Cervantes*, *Bibliografía Española*, *Sol y sombra*, *El Economista*, *El Mundo Latino*, *Higiene moderna*, *El Regenerador*, de Madrid; *Gaceta médica de Granada*, *Idearium*, de Granada; *Ayer y Hoy*, de Castellón; *Cataluña*, *Aragón*, *Valencia y Baleares*, de Buenos Aires; *Boletín del Centro Universitario*, de La Plata; *Revista mensual de la Cámara Mercantil*, de Barracas al Sur; *La Revista Nueva*, *Pluma y lápiz*, de Santiago de Chile; *El Social*, de Bolivia; *Revista latino-americana*, de París.

**PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL**  
CIGARROS  
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOUZE-ALBESPEYRES**  
78, Faub. Saint-Denis  
PARIS  
y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTITION**  
FACILITA LA SALUDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
LOS SUFRIMIENTOS Y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTITION.  
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.  
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**Jarabe Laroze**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.  
**JARABE al Bromuro de Potasio**  
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.  
Fabrica, Especieiones : J.-P. LAROZE & C<sup>ie</sup>, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Etasoo. 5fr.  
en Paris  
**PUREZA DEL CUTIS**  
- LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso.  
CANDES et C<sup>ie</sup> B<sup>ie</sup> St-Denis, 10

El único Legítimo  
**VINO DEFRESNE**  
con  
**PEPTONA**  
es  
el más precioso de  
los tónicos y el mejor  
reconstituyente.  
PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf  
Y EN TODAS FARMACIAS.

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
SOBERANO CONTRA  
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN  
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.  
Todas Farmacias.

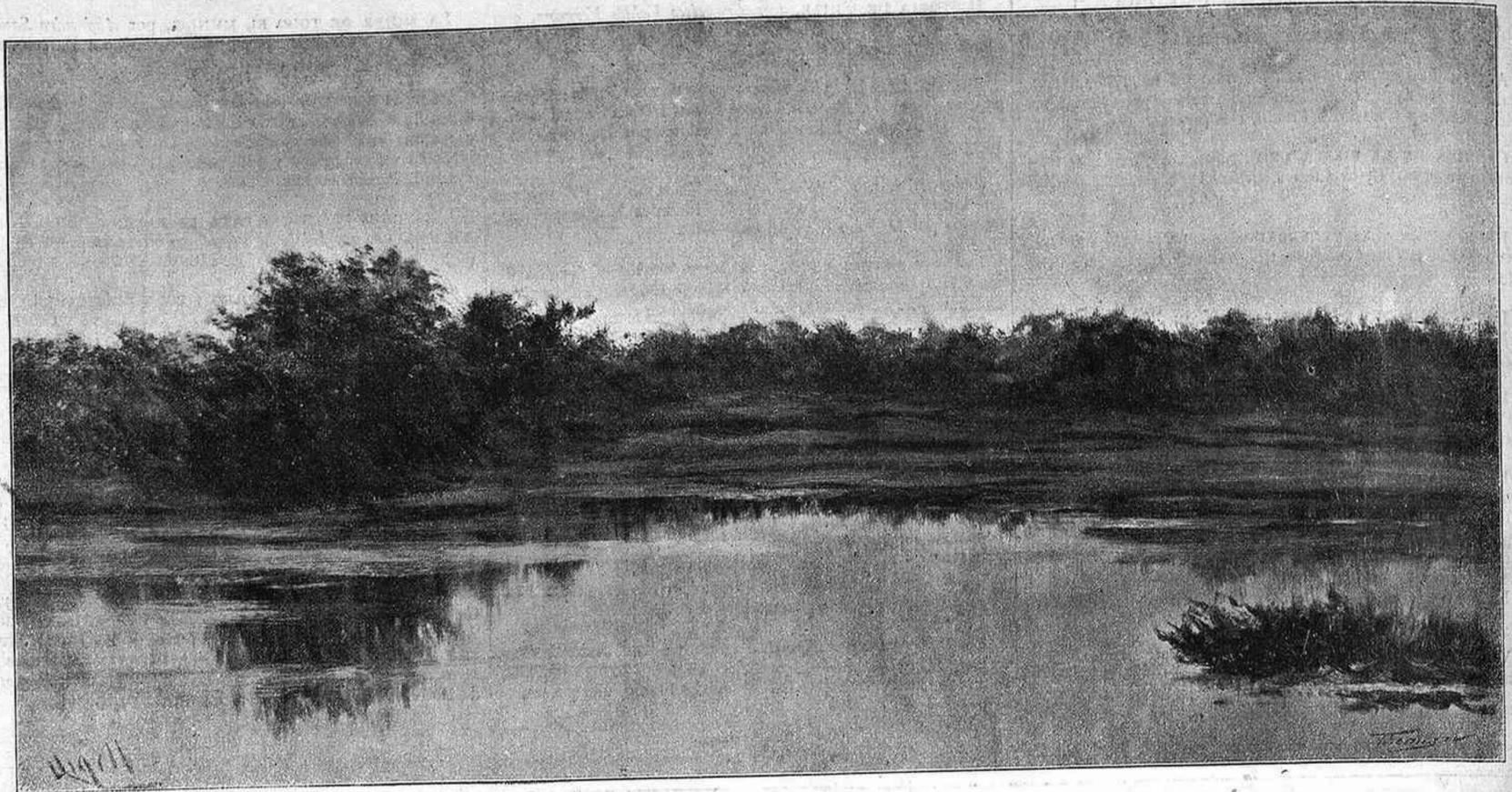
**VINO AROUD**  
CARNE-QUINA  
MEDICAMENTO - ALIMENTO  
El más poderoso REGENERADOR  
Prescrito por los Médicos  
Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.  
102, Rue Richelieu, PARIS  
Y EN TODAS FARMACIAS DEL EXTRANJERO

**ZÔMOTERAPIA**  
**EL ZÔMOL** PLASMA MUSCULAR  
(Jugo de carne desecado)  
PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la  
**TUBERCULOSIS**, la **NEURASTENIA**,  
la **CLOROSIS**, la **ANEMIA**,  
la **CONVALECENCIA**, etc.  
Tres cucharaditas de café de Zômol representan  
EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.  
PARIS, 8, rue Vienne y en todas las Farmacias.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD**  
Curadas por el Verdadero  
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de exito.  
**HIERRO QUEVENNE**

**AGUA LÉCHELLE**  
HEMOSTÁTICA  
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.  
PARIS. Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**PAPEL WLINSI**  
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.  
Exigir la Firma WLINSI.  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selme.



Paisaje, cuadro de Modesto Urgell (Salón París)

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

**PÍLDORAS BLANCARD**  
 con Yoduro de Hierro inalterable  
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.  
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO  
 Exíjase el producto verdadero y las señas de  
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

AVISO A  
**LAS SENORAS**

**EL APIOL** DE LOS  
 JORET Y HOMOLLE

CURA  
 LOS DOLORES, RETARDOS,  
 SUPPRESSIONES DE LOS  
 MENSTRUOS

T<sup>ra</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ENFERMEDADES  
 DE  
**ESTOMAGO**  
 PASTILLAS y POLVOS  
**PATERSON**  
 con BISMUTHO y MAGNESIA  
 Recomendados contra las Afecciones del Estó-  
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-  
 riosas, Acedias, Vómitos, Eruotos, y Cólicos;  
 regularizan las Funciones del Estómago y  
 de los Intestinos.  
 Exíjir en el rotulo a firma de J. FAYARD.  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**GARGANTA**  
 VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**  
 Recomendadas contra los Males de la Garganta,  
 Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la  
 Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-  
 cion que produce el Tabaco, y especialmente  
 á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS,  
 PROFESORES y CANTORES para facilitar la  
 emision de la voz. — PRECIO : 12 REALES.  
 Exíjir en el rotulo a firma  
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las  
 Personas que conocen las  
**PÍLDORAS**  
 DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
 DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.  
 No temen el asco ni el cansancio, porque, contra  
 lo que sucede con los demas purgantes, este no  
 obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos  
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.  
 Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la  
 comida que mas le convienen, segun sus ocupa-  
 ciones. Como el cansancio que la purga  
 ocasiona queda completamente anulado por  
 el efecto de la buena alimentacion  
 empleada, uno se decide fácilmente  
 á volver á empezar cuantas  
 veces sea necesario.*

**VINO NOURRY**

ANEMIA  
 DEBILIDAD  
 LINFATISMO y  
 ENFERMEDADES  
 del PECHO

Por su sabor  
 agradable y  
 su eficacia en  
 los casos  
 de

Sustituye con ventaja  
 á las Emulsiones y  
 al Aceite de Hígado de Bacalao.  
 CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL  
 prescrito por los Médicos en los casos de  
**ENFERMEDADES DE LA PIEL**  
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.  
 102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin  
 ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia  
 de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para  
 los brazos, empleese el PILIVOIE DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN